


# ROBOPOL

L. G. MILK

# Robopol

## Louis G. Milk

### Espacio el Mundo Futuro/343

# CAPÍTULO PRIMERO

Los pedantes la llamaban Suprema Asamblea Rectora. Los más prácticos decían, simplemente, Gobierno de la Tierra. Robóticamente, a mí, me importaba un tornillo el nombre que le dieran a la cosa.

El asunto era que la Asamblea se iba a reunir dentro de una semana, aproximadamente, para debatir uno de los temas más candentes y espinosos que jamás había sido puesto sobre el tapete de la mesa de deliberaciones. Claro que a mí, poco podía importarme; aprobasen o no el asunto objeto de discusión, no me afectaba en absoluto.

Los asuntos de las personas no afectan a un robot, y yo soy un robot.

Me miré al espejo. Claro que no se puede decir que me hayan dado una figura repugnante. A primera vista, soy un joven de entre veintiocho o treinta años de edad, bien parecido y hasta apuesto, si se quiere, con mi metro ochenta bien corrido. Pero por dentro no soy más que una máquina: circuitos, tensores, transistores... bueno, estaría horas y horas explicando de qué se compone mi «organismo» y no acabaría nunca, así que lo mejor será seguir adelante.

Hablábamos de la próxima reunión del gobierno terrestre. Al decir de los entendidos, el tema a debatir, si se aprobaba, haría Historia. Los pedantes, que nunca faltan, afirmaban que marcaría un hito en la historia de la Humanidad. ¿Qué quieren que les diga? A mí no me lo parecía tanto, según mi robótico modo de pensar, pero los humanos son así. Aparte de que preveía de que dicha ley acabaría aprobándose —era cosa de sentido común—, a los humanos les gusta muchísimo complicarse las cosas. Ya les diré luego por qué.

Perdonen que no me haya presentado todavía. Ha sido una omisión en verdad lamentable. Mis signos de identificación —es decir, la numeración de fábrica— son RR—07—TS—401. Mi amo, que en el fondo, es un humorista, usa sólo las dos primeras letras, más bien la primera, pero empleándolas como iniciales de un nombre y un apellido que, bien mirado, son los que más mí cuadran: Rocky Robot.

Porque yo tengo un amo. Como toda máquina y todo utensilio. Tengo un dueño y le obedezco. En general, se supone que debo obedecer a todos los humanos, pero en un sentido más particularista, acato las órdenes de mi amo, del humano que me ha comprado para su servicio.

Aquel día, recuerdo que estaba terminando la limpieza de la plata —es una valiosa vajilla que mi amo heredó de una anciana tía—, a la vez que vigilaba el asado de la cena. Sí, ya sé que hay máquinas que lo hacen automáticamente, que, cuando la carne está asada, desconectan el horno automáticamente, pero es que, a pesar de todo, hay cosas que no se pueden dejar, valga la frase, en manos de las máquinas. Tiene que haber una persona vigilándolas, como en el caso del asado... bueno, no diré una persona, pero sí un robot como yo, que es, artificialmente, lo que más se parece a una persona. Si no fuese por algunos detalles...

Mi detector de infrarrojos me indicó que alguien se acercaba a la casa. Puesto que era la hora normal de la vuelta de mi amo, calculé que debía de ser él y no otro.

El «dingdong» de la entrada sonó. Mi circuito de la extrañeza funcionó en el acto. Si no era mi amo, ¿quién tuercas podía ser?

Dejé la fuente de plata que estaba bruñendo, me limpié rápidamente las manos con un paño y caminé hacia la puerta. Abrí.

Era un humano. Femenino. Cabellos castaños, con vetas doradas, ojos azul verdosos, silueta de propaganda de la raza humana —sexo femenino— y... ¡veinticuatro añitos! ¡Qué chica, Edison mío!

—¿Señorita? —dije, inclinándome con respeto.

—Me llamo Leni Macklen —dijo ella, con voz de campanitas de plata—. ¿Está en casa el inspector Kastell?

—No, señorita Macklen —respondí—, aunque no puede tardar mucho en llegar. Si tiene la bondad de pasar, podrá esperarle con más comodidad en el saloncito de recibo.

La chica sonrió.

—Muy amable. ¿Es usted su mayordomo? —me preguntó, mientras cruzaba el umbral con graciosa desenvoltura.

—Aunque máquina, tengo ese honor, señorita. Por aquí, hágame el favor.

Conduje a la chica hasta la salita. Leni se sentó, abrió el bolso y se colocó un pitillo entre los labios. Mientras tanto, yo abrí el

armario de los licores.

—Le prepararé una copa, señorita —ofrecí—. ¿Qué le gusta más?

—Jerez, gracias —contestó ella, sin mirarme.

Le serví la copa. Ella probó el vino y dijo que lo encontraba excelente. Entonces, yo le contesté que mi amo tenía un gusto exquisito en sus elecciones.

—En todo —dije, con intención.

Leni me miró con cierta suspicacia.

—Para ser un robot, eres demasiado avispado. ¿Cómo te llama tu amo?

—Rocky Robot, señorita Macklen, aunque normalmente usa sólo el nombre... perdón, la primera parte del apodo.

—Ya, ya —comentó ella, sin dejar de mirarme—. He oído algunas cosas del inspector Kastell y, no sé por qué, son ambos tal para cual: tal robot para cual humano.

—La señorita me sobrevalora —dije con modestia.

—Amigo Rocky —manifestó ella —, antes de ser lo que soy, hice un curso completo de robótica. Por hipnopedia, claro; de otra forma, no hubiese tenido tiempo. Ello me permite conoceros bastante bien a vosotros, los robots y...

Sonó la campanilla de la entrada.

—Ruégole me excuse —dije—. Mi amo llega.

Fui a recibir al inspector, un hombre de treinta y dos años, aproximadamente, fornido, feo de cara, pero de esos feos que se llevan a las mujeres de calle, pelo claro y ojos azules. Parecía cansado.

—Tengo ganas de darme un baño, cenar y meterme en la cama, Rocky —dijo, apenas me vio—. Estoy muy cansado. ¡Vaya día!

—¿Mucho trabajo? —pregunté cortésmente, pero sin el menor interés.

—Ni siquiera te lo puedes imaginar —respondió él, quitándose el chaquetón de abrigo, ayudado por mí, claro—. Luego dirán que la humanidad, a medida que el progreso avanza, tiene que mejorar, pero si pudiera expresar mi opinión...

—Temo que el señor deberá reservar su opinión sobre la humanidad para mejor momento —le interrumpí—. En el instante actual, tiene una visita que le aguarda en el saloncito.

—¿Una visita? —Mi amo levantó las cejas—. ¿Quién es?

—Mejor será que lo vea por sí mismo —respondí—. Yo, con su permiso, voy a preparar la mesa. El asado está terminando de hacerse y... Por favor, ¿de qué color quiere las velas para la mesa?

Mi amo frunció el ceño.

—No me vengas con enigmas, Rocky. Un día haré que te desconecten el circuito del sarcasmo y entonces te convertirás en un palo con patas artificiales.

—Gracias, señor. Creo que prepararé las velas de color verde.

Me retiré a la cocina; comprobé que el asado estalla en su punto y apagué el horno. Luego regresé al comedor, recogí rápidamente la plata, que aún no había terminado de limpiar, y empecé a preparar la mesa.

A mitad de la tarea, me detuve.

De ordinario, no soy indiscreto con las visitas que reciba mi amo. Una de las reglas que debe observar todo robot destinado a lo que pudiéramos llamar servicio doméstico, es no entremeterse en los asuntos de los humanos a los cuales sirve. A veces, sin embargo, había aumentado la potencia de recepción de mis micrófonos auditivos, pero en esta ocasión no hacía falta.; la voz de mi amo podía escucharse con toda claridad en cualquier rincón de la casa.

—¡Le digo que no, señorita Macklen! ¡No se empeñe, favor; no quiero acceder a lo que me pide!

—¡Es usted un grosero! —protestó ella—. ¡No se trata de nada deshonroso, ni tampoco de algo que no pueda hacer! Otros compañeros suyos lo han hecho y no ha sucedido nada.

—¡Cada uno tiene su modo de pensar! —respondió mi amo—. Y, en este sentido, el mío es invariable.

Empecé a pensar en recoger las velas y no sólo en sentido metafórico. El inspector, cuando le pinchan, tiene el genio bastante vivo. ¿Qué le había dicho la muchacha para enfurecerle de aquel modo?

—Muy bien —respondió Leni—. Gracias por su jerez. Es lo único bueno que he encontrado en esta casa.

¿Y yo, qué? Claro, soy un robot, lo había olvidado.

Escuché el taconeo de la chica. Pasó por delante de mí, con el rostro encendido por la indignación, altiva y desafiante. Quise acompañarla hasta la puerta, pero ella me lo impidió con un:

—¡Aparta, máquina!

Me quedé sin corriente, quiero decir, convertido en una estatua. Al salir, la chica pegó un portazo y descolgó un cuadro.

La voz del inspector tronó de pronto,

—¡Rocky!

—Al momento, señor —contesté.

Fui al saloncito. Mi amo tenía una botella en una mano y una copa en la otra. Sus encendidas pupilas despedían fuego.

—¿Está el baño? —preguntó.

—Señor, creí que la señorita se quedaría a cenar…

—Tu obligación no es creer nada —dijo con voz airada—, sino hacer todo lo que yo te mande. ¿Es que no oíste a mi llegada que lo primero que iba a hacer sería darme un buen baño?

—Desde luego, señor; pero se me ocurrió pensar que tal vez invitaría a cenar a la señorita Macklen...

—¡Yo! —gritó mi amo—. ¿Yo invitar a cenar a una histérica periodista? ¿Tienes los circuitos desajustados, Rocky?

Refrigeré la bobina del asombro. Así, se comprendían las voces y la cólera de mi amo. Diciéndolo con una vulgar frase humana, no podía tragar a los periodistas y, mucho menos, si eran del sexo femenino.

Años atrás había tenido una desagradable experiencia con una periodista imaginativa en exceso, sobre un asunto relacionado con su profesión. El escozor le duraba todavía.

—Muy bien, señor; no es necesario que siga. Ahora lo comprendo todo. Lo cierto es que ella no me dijo que fuese periodista; de lo contrario... bueno —compuse una sonrisa de circunstancias—, igual hubiese tenido que dejarla pasar; a fin de cuentas, es una persona y yo habría tenido que cumplir sus órdenes.

—Está bien —gruñó el inspector—. Eso, ahora, es lo de menos. Prepara el maldito baño de una vez y…

Sonó el timbre del visófono. Mi amo movió la mano.

—Mira a ver quién es, Rock —dijo de mal humor, disponiéndose a encender un cigarrillo.

Me acerqué al aparato. Di el contacto y la pantalla se encendió. Entonces vi la rubicunda faz del sargento Anders.

—Hola, Rocky —dijo el buen humano—. ¿Está el inspector por ahí?

—Lo tengo a cuatro pasos de distancia. ¿Ocurre algo de

particular?

—Sí, se ha cometido un asesinato en nuestra demarcación. El comisario jefe ha dicho que tu amo se haga cargo del asunto.

El inspector oyó las palabras de Anders y se acercó a la pantalla.

—¿Es que no hay otro policía disponible en estos momentos? —rezongó de malísimo talante—. Acabo de dejar el servicio y...

—Lo siento, inspector —dijo el sargento—. Cumplo órdenes.

—Está bien, está bien. ¿Dónde ha sido el asesinato?

—Calle Schellenberg, doscientos, inspector.

—¿Y el muerto?

—Es una mujer. Belinda Pliefer.

Mi amo dejó escapar el aire de sus pulmones.

—¡Belinda Pliefer! —dijo explosivamente.

—Así es, señor. Le espero en casa de la muerta. Los expertos están trabajando ya en la recogida de las huellas.

—Está bien. Iré ahora misino.

Mi amo cortó la comunicación. Luego se volvió hacia mí.

—Tú me acompañarás, Rocky Robot.

—Pero, señor; el asado está riquísimo...

—Olvídalo, Además, tú no te lo ibas a comer. ¡En marcha!

# CAPÍTULO II

ALGUNAS veces, el inspector me había hecho acompañarle en sus investigaciones. Yo le servía de máquina grabadora no sólo de sonidos sino también de imágenes, ya que mis circuitos visuales recogen y graban automáticamente cuanto captan mis pupilas artificiales. Como es natural, cuando se trataba de crímenes cometidos entre humanos, yo me limitaba a reproducir las grabaciones audiovisuales, sin formular el menor comentario; cualquier cosa que yo dijera, podría conducir al descubrimiento del asesino, con lo cual habría quebrantado la primera y principal de las leyes robóticas: a saber, no causar ningún daño, por ningún concepto, a ningún ser humano.

Esto es fácil de explicar. Supongamos que yo lo doy la pista a mi jefe para descubrir el asesino. Naturalmente, éste es castigado. Sufre un daño y lo sufre por mi culpa. Por tanto, yo he violado esa ley, pero no si, cumpliendo órdenes suyas, me limito a grabar y más tarde reproducir cuanto he podido observar en el curso de las investigaciones.

Por esta razón, cuando mi amo calculaba que un trabajo iba a resultar difícil, me llevaba consigo. Y el asesinato de Belinda Pliefer iba a darle mucho trabajo, en todos los sentidos.

Belinda Pliefer era —había sido, mejor dicho— la esposa de Hans Pliefer, un riquísimo industrial, uno de cuyos más pingües negocios era la exclusiva de la importación y exportación del planeta que los terrestres conocíamos con el nombre —bastante raro, por cierto— de UWiinland. Es obvio decir, por tanto, que la fortuna de Pliefer era inconmensurable.

Poco más tarde, llegábamos a la calle Schellenberg. Hice descender el helidisco y mi amo saltó al suelo. Le seguí a continuación.

No hay ni que decir que, siendo Pliefer un hombre tan rico, su casa había de ser por fuerza un fiel reflejo de su posición económica. Era un edificio de líneas audaces, ultramodernas, suspendido a diez metros del suelo por una columna de tres metros de grueso, que sustentaba toda la estructura y en torno a la cual había un gran jardín, cuyo solo cuidado debía costarle un ojo de la cara.

La casa era giratoria, es decir, del tipo de las que, automáticamente, dan siempre la fachada al sol. Los mecanismos que hacían mover al edificio se hallaban bajo tierra, en el basamento de la columna sustentadora.

Había un hombre en la puerta. Era un policía de guardia, el cual hizo señas al inspector de que subiera.

Mi amo trepó ágilmente por los invisibles escalones que conducían a la entrada. Yo vacilé un poco; no sé por qué, esas malditas escaleras invisibles me alteran siempre el buen funcionamiento de mis circuitos. En más de una ocasión he pensado ir a visitar a un robopsiquiatra, pero nunca he terminado de decidirme a hacerlo.

Al fin, empecé a subir. Llegué arriba con menos dificultades de las previstas, gracias a que forcé el aumento de mis células visoras y pude distinguir el material transparente de los peldaños.

Entré en la casa, decorada como prometía el exterior. En seguida oí un tremendo berrido.

—¿Qué diablos hace usted aquí, señorita? ¡Lárguese en el acto de esta casa y no obstaculice la acción de la ley!

—¡Tengo perfecto derecho de estar aquí, inspector, y usted lo sabe! —contestó Leni Macklen muy sulfurada—. Así que no me iré, a menos que me eche usted por la fuerza… ¡y atrévase a hacerlo! —le desafió.

Dejé que los dos humanos se pelearan; esto no me concernía a mí. Lo que sí me concernía, al menos en lo referente a ayudar a mi jefe, era el esclarecimiento del crimen.

En vida, Belinda Pliefer había sido una mujer sensacional, así, como suena con palabras humanas. Su explosiva figura había llenado cubiertas y páginas de revistas y periódicos desde que tuvo edad para hacerlo. Y no sólo en forma gráfica, sino también, escrita; asimismo había dado muchos motivos para que cierta clase de periodistas disfrutaran vertiendo ríos de tinta en beneficio de un importante sector de la humanidad lectora.

Ahora, Belinda Pliefer, convertida en un montón inanimado de carne fría, estaba tendida en el salón, apenas ataviada, como tenía por costumbre, con una sumaria vestimenta que ocultaba a duras penas las rotundas formas de su cuerpo. Sus cabellos, rojos como el fuego, yacían desparramados por una alfombra negra, componiendo

una siniestra sinfonía de colores.

El rostro, momentos antes de una esplendorosa belleza, no era agradable de ver. Estaba lívido, y la muerte había petrificado en él una última y espantosa mueca de horror. Sus ojos estaban terriblemente dilatados, mirando al techo con vidriada fijeza. Sus uñas se clavaban en la espesa alfombra, y tenía una pierna recogida de un modo extraño bajo el cuerpo.

—Está bien —accedió mi amo, de mal talante—, quédese, pero procure no estorbarnos. Y, sobre todo, no me haga preguntas mientras trabajo.

—Gracias —contestó ella, en tono seco.

—Oiga —dijo el inspector de pronto—, ¿cómo se enteró de la muerte de la señora Pliefer?

—Conecté la onda policíaca de la radio de mi helidisco cuando salí de su casa. Entonces conocí la noticia y me vine directamente para aquí.

Sacó un mechero para encender su cigarrillo, y lo hizo, pero, al mismo tiempo, aprovechó la ocasión para tomar una serie de fotografías de la estancia y de la figura yacente sobre la alfombra.

En el centro del pecho de la muerta, justo entre los senos, se veía un orificio negruzco, de aspecto inconfundible para quien tuviese una mínima noción del funcionamiento de una pistola térmica. Casi no fue necesario que el forense, a la llegada del joven y tras su corta pero tempestuosa entrevista con Leni Macklen, emitiese su informe.

—Muerte por los efectos de una descarga térmica inspector —sentenció el galeno.

—¿Suicidio? —apuntó mi amo.

—No lo creo. La trayectoria de la descarga es perpendicular al plano transversal del cuerpo de la muerta. De haberse matado ella misma, esa trayectoria seguiría, seguramente, una línea oblicua y un tanto ascendente. Además, para un suicida, matarse así es incómodo; resulta mucho más fácil aplicarse la boca de la pistola a la sien. Y, de todas formas, se vería más carne quemada en torno al orificio, lo cual no sucede aquí. Mi opinión es que el disparo fatal fue realizado a una distancia de un metro, por lo menos.

—Gracias, doctor. Envíeme luego su informe.

—Así lo haré, inspector.

El sargento Anders se acercó con un objeto en la mano, envuelto

cuidadosamente en un pañuelo. Al desplegarlo, pudimos ver una pistola térmica.

—El arma mortal —dijo.

—La que se supone es el arma mortal —rectificó el inspector—. Envíela en seguida al laboratorio. Más que las posibles huellas dactilares, en sí, nos interesa saber si efectivamente es la que utilizó para matar a la señora Pliefer.

—Sí, señor.

Mi amo tenía razón. Una pistola térmica no puede ser identificada por el proyectil, puesto que, estrictamente, no dispara proyectiles sólidos. Pero los expertos, además de las posibles huellas dactilares, pueden averiguar, por el coeficiente de dilatación del metal y otros datos sobre la temperatura del arma, si ésta ha sido disparada en fecha reciente o lleva tiempo sin ser usada. Una pistola térmica, disparada aunque sea dos horas antes, conserva una temperatura diferente y superior a la de otra que haya sido disparada la víspera. Los sensibles detectores termométricos del laboratorio, capaces de apreciar una diezmilésima de grado centígrado, nos dirían si la pistola hallada en casa de los Pliefer había sido o no disparada una hora antes, que era cuando se había producido la muerte de la mujer.

El inspector examinó unos instantes el cadáver. Luego movió una mano, y los camilleros lo cargaron y se lo llevaron.

—¿Dónde está el esposo de la muerta? —preguntó.

—No le hemos visto —contestó el sargento—. Hemos avisado a sus oficinas de lo que ocurre, pero nos han dicho que no ha ido en toda la tarde.

Mi amo frunció el ceño.

—Está bien. Tendrá negocios por ahí y…

—Hay un robot en la casa —apuntó Anders—. Tal vez quiera usted interrogarlo.

—Conforme. Tráigalo.

Mientras Anders se iba en busca del robot, yo me acerqué con disimulo a la periodista.

—Procure que no se le vea demasiado el encendedor —sugerí en voz baja.

Leni me dirigió una mirada penetrante que encerraba una repulsa.

—¿Qué pasa, Rocky?

—Mi amo. Tiene malas pulgas. Cuidado con su micro cámara.

Se encogió de hombros.

—No me importa, pero gracias, de todos modos, Rocky.

En aquel momento, llegó Anders, seguido de un robot, al cual se le había dado la apariencia de un mayordomo de cierta edad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó mi amo.

—PPR—12—CR—9772, señor.

—Está bien. Te llamaré Pepe. Apuesto a que así lo hacían tus señores.

—Es cierto —reconoció el maquinístico mayordomo.

—Bien, entonces vayamos al grano, Pepe. Ya has visto que la señora Pliefer ha sido asesinada.

—Sí, señor.

—Tu deber, según me imagino, es recibir a las visitas. La casa está en orden, lo cual me hace deducir que no hubo lucha y que, por tanto, su visitante no era un ladrón ni tampoco alguien desconocido que se pelease con la difunta momentos antes de su asesinato. ¿No es así?

—En efecto, inspector. No hubo lucha —reconoció Pepe.

—Entonces, podrás decirme el nombre del visitante,

—Lo siento, señor.

Hubo un momento de silencio. Mi amo y el robot se miraron mutuamente, si la frase se puede aplicar en este caso.

—¿Por qué no me lo puedes decir?

—Es un robot —terció Leni Macklen—. Si le dice el nombre del último visitante de Belinda Pliefer, el asesino, presumiblemente, habrá causado daño a un humano. Y eso, Pepe no puede hacerlo por su condición de robot.

—La señorita tiene muchísima razón —convino Pepe.

—Podría solicitar un mandamiento judicial —apuntó mi amo,

—No lo conseguirá —se anticipó la chica a la respuesta de mi colega —. No se ha dado jamás un caso como el que sugiere. Bajo ningún concepto se puede vulnerar la ley fundamental robótica. Los robots están para ayudarnos, no para causarnos el menor daño, ni aunque seamos los más empedernidos del mundo. Esta, regla se basa en otra muy antigua: es preferible que escapen cien culpables a causar daño a un inocente.

Mi amo tascó el freno. Los argumentos de la chica era»n irrefutables.

—Pero, ¿entró un visitante? —preguntó a Pepe insistiendo en el asunto.

—Sí, señor.

—¿Le viste?

—Sí, señor.

—¿Cómo era? ¿Alto, bajo...? No —dijo el inspector, muy desanimado—, ya sé que no me lo dirás. Pero —agregó de repente —, ella, tu ama, ha muerto asesinada. Tú pudiste haberlo visto; en tal caso, tu obligación era obedecer otra de las leyes fundamentales robóticas, que te ordena hacer todo lo posible para evitar que un humano sufra daño alguno.

—Siempre que no esté en contradicción con la, ley fundamental y, para ello, haya de causar daño a otro humano —alegó Pepe.

El inspector crispó los puños. Era comprensible, allí tenía un testigo que conocía al asesino y no podía hacer nada por arrancarle su nombre.

—Por otra parte —agregó Pepe—, tampoco hubiese podido impedir el crimen. La señora me ordenó retirarme y sólo me enteré de lo que había sucedido, cuando vi que pasaba un rato y ella no me llamaba, para que le sirviese el té a las cinco.

—Y, claro, el visitante, ya se había ido.

—Sí, señor.

—Está bien —suspiró el joven, con resignación—. Tendremos que emplear los viejos métodos humanos. Estarnos en pleno siglo XXIII y no podemos utilizar una máquina para...

—Perdón, inspector —habló Leni de nuevo—. A cada instante, estamos utilizando las máquinas, por lo general, en bien nuestro. No obstante, en lo referente a los robots, no se puede hacer la menor excepción. En poco tiempo, sobrevendría una espantosa anarquía...

—No me diga lo que podía ocurrir —rezongó mi amo de mal humor—. Pero, en algunos casos, debiera estar tolerado que los robots contestasen a determinadas preguntas.

—Es la regla sin excepción —sonrió Leni—. Y debe ajustar su comportamiento a ella, inspector.

—Sí, ya lo estoy viendo.

En aquel momento, se oyeron veces afuera. Todos nos volvimos

al mismo tiempo.

Un hombre irrumpió en la casa precipitadamente. Era un tipo cincuentón, aunque todavía con muy buena facha, de rostro enérgico y aspecto resuelto, que en aquellos momentos ofrecía la alteración propia del hecho que acababa de ocurrir.

—¿Dónde está? —preguntó con voz ronco.

Mi amo conocía al sujeto.

—Siento mucho lo ocurrido, señor Pliefer —dijo—. Créame, estamos haciendo todo lo posible para detener al asesino, pero acabamos de comenzar las investigaciones y…

Hans Pliefer miró al inspector de una manera extraña.

—Conque no sabe quién es el asesino, ¿eh? ¡Pues yo se lo diré, señor policía! ¡Ahora mismo!

# CAPÍTULO III

SE produjo, un corta instante de silencio. Mi amo me hizo una seña. Yo me volví hacia Pepe.

—Trae una copa a tu amo —dije.

Pepe me miró con toda el mal talante que puede expresar el casi inexpresiva rostro de un robot. ¿Cómo? ¿Yo, el robot de un simple inspector de policía, ordenándole a él, el robot—mayordomo de un hombre inmensamente acaudalado, un sujeto que era todo un personaje y cuyos negocios se extendían hasta remotos rincones de nuestra galaxia?

El oscilante centelleo de sus objetivos visores duró un segundo apenas. En silencio, se retiró a cumplir la orden.

—Está bien, señor Pliefer —dije el inspector—. ¿Quién es el asesino de su esposa?

—Harriman Cortés —respondió el hombre, sin vacilar—. Él la ha asesinado.

El nombre me sonaba. Buceé en lo más hondo de mis circuitos memorísticos y al fin encontré lo que deseaba.

Harriman Cortés era el clásico tipo del hombre joven y apuesto, que vive de explotar su físico. A lo largo de la historia de la humanidad, tipos como él han recibido toda clase de nombres, los cuales me abstengo de recitar por impropio de esta narración.

—¿En que se funda usted para acusar al señor Cortés? —preguntó mi amo.

Pepe llegó con la copa. Una sola; el maldito se creía un mayordomo de carne y hueso y nos consideraba a todos los demás, humanos y yo, como de especie inferior. ¡Edison mío, hay cada robot suelto por ahí…!

—Lo sé —contestó Pliefer después de apurar la copa de un trago —. Sabía que esto acabaría así… Pero ¿dónde diablos está el cuerpo de mi esposa? ¡Quiero verla, aunque esté muerta!

—Se la han llevado ya al depósito, señor Pliefer —dijo mi amo—. Más tarde podrá ir allí, pero, mientras tanto, hábleme del señor Cortés. ¿Por qué le acusa usted?

—¿Es necesario que diga todo lo que sé delante de tanta gente? —exclamó el sujeto, exasperado—. Está bien; ya importa poco.

Harriman Cortés es un explotador de mujeres. A la mía la tenía embaucada; para mí era una sangría continua de dinero... El dinero no me importaba tanto; yo sé que Belinda estaba alucinada por él.

Inspiró con fuerza.

—Hubiese podido separarme de ella, pare preferí tener paciencia. En medio de todo, era una buena chica. Últimamente, había llegado ya a persuadirla. Ella me prometió que largaría a Cortés esta semana sin falta. Eso tuvo que saberle muy mal; si Belinda lo enviaba al cuerno, ¿qué haría él sin su dinero? Entonces, despechado, la mató.

Mi amo consideró la declaración de Pliefer.

—Está bien —dijo al cabo—. Iremos a ver a Cortés y le interrogaremos.

—Interrogarle, no; detenerlo —tronó Pliefer—. Él asesinó a mi mujer y pagaré los mejores abogados para que le sienten en la caja del disgregador molecular, lo juro.

—Muy bien, pero deje que nos encarguemos nosotros de este desagradable asunto, señor Pliefer. Anders, ¿terminaron ya?

—Sí, señor. Salvo la pistola térmica, no hemos encontrado ningún indicio de importancia.

—¿De qué forma ha muerto mi esposa? —saber Pliefer.

—Una descarga térmica a bocajarro. El asesino le quemó el corazón —respondió mi amo.

Pliefer escondió la cara entre las manos. El inspector se volvió hacia Anders.

—Deje a un hombre de guardia. Nosotros nos vamos ahora. Usted, al laboratorio, a recoger el informe de los expertos. Señor Pliefer —llamó mi amo.

El desconsolado viudo alzó cabeza.

—¿Inspector?

—¿Puede decirme el domicilio de Harriman Cortés?

—Sí, desde luego. Mondplata, veintiocho,

—Agradecido. Vamos.

En la calle, mi amo me despidió.

—Usaré el helidisco oficial —dijo.

—Le ofrezco el mío, inspector —dijo Leni, con voz insinuante.

Mi amo le dirigió una mirada glacial.

—Estaba ya aquí cuando llegué, pero no estará cuando yo llegue al domicilio de Cortés. Y no intente adelantarme, o la arrestaré,

acusada de obstrucción a la justicia. ¡Andando!

El vehículo de la policía se elevó en el acto. Leni pegó un par de pataditas en el suelo.

—Ese estúpido engreído —exclamó—. ¿Qué se habrá creído?

—Odia a los periodistas, en especial a los de su sexo —dije.

—¿Por qué? —preguntó Leni, invadida por la curiosidad.

—Una vez —respondí—, una colega suya, mujer ya madura, le llamó, en uno de sus reportajes, «el arrebatador Apolo de la policía». Además, concibió una pasión tan volcánica por él y, durante una larga temporada, no le dejaba en paz ni a sol ni a sombra. Le aseguro que mi amo pasó muy malos ratos, soportando no sólo el asedio de la apasionada dama, sino también las feroces bromas de sus compañeros. Imagínese el resto.

Una sonrisa dulcificó el lindo semblante de la periodista.

—Conque el «arrebatador Apolo de la policía», ¿eh?

* * *

Aunque yo no estuve presente, sé que la entrevista de mi amo con Harriman Cortés se resolvió de la siguiente forma:

El inspector llegó pronto al domicilio de Cortés. Dejó a un agente de guardia en la puerta de la casa y subió al piso que ocupaba el acusado.

La casa era de lo más elegante, destinada a apartamientos de lujo, cuyo solo alquiler mensual debía costar una cifra de vértigo. Claro que a un tipo como Cortés poco podía importarle esta cuestión, ya que no era él precisamente quien sufragaba los gastos de la vivienda. Sé que mi amo se sintió asqueado al pensar en estos detalles, pero aún había visto cosas peores.

Llamó a la puerta. Harriman Cortés acudió a poco.

—¿Qué desea? —preguntó secamente.

Antes de contestar, el inspector Kastell observó al individuo durante unos segundos. Ciertamente, Cortés era un tipo muy atractivo en lo físico, ya que su moral era la de un caimán; y después de verle, se comprendía el enorme éxito que tenía entre las damas. Vestía un pulido batín de seda, con dibujos UWiilandianos, y se abrigaba el cuello con una bufanda del mismo tejido, de color negro, con trazos rojos y amarillos representando las llamas de un fuego. En el momento de abrir, daba la sensación de haber sido

molestado.

—Soy el inspector Kastell —se presentó mi amo—. De la Comisaría 30.

Cortés levantó la ceja izquierda.

—No veo qué relación puedo tener con la policía, inspector —contestó, sin moverse de la puerta ni hacer el menor ademán por invitar a mi amo a pasar al interior.

—Yo se lo diré, señor Cortes —respondió Ferdy Kastell—. Usted es muy amigo de la señora Pliefer, ¿no es cierto?

—Sí, nos une una buena amistad.

—Yo diría que algo más, pero no quiero discutirlo en el pasillo. ¿Puedo pasar?

—En estos momentos tengo una visita, inspector.

El tono de Harriman Cortés era helado.

—Lo siento —dijo mi amo—. Tengo que hablar con usted sin excusa. Belinda Pliefer ha muerto. Asesinada. Hará unas tres o cuatro horas, aproximadamente.

Harriman Cortés acusó el golpe.

# CAPÍTULO IV

ACTO continuo, Harriman Cortés se metió en el piso, buscó una botella, llenó un vaso y se atizó un largo trago, a fin de recobrarse del golpe recibido. Mi amo entró y cerró a sus espaldas, observando el apartamiento con atención.

La visita debía de ser femenina, dedujo, primero, porque no estaba a la vista y, segundo, porque flotaba en el aire un débil perfume que identificó como «Nuevo Chanel número 51». De momento, sólo le interesaba hablar con el *gigoló* y conocer sus reacciones.

—¿Cómo ha muerto? ¿Quién la ha matado? —preguntó Cortés al fin, con voz ronca.

—Alguien le disparó a bocajarro una salva térmica y le abrasó el corazón. En cuanto al asesino, Hans Pliefer sostiene que es usted.

Cortés abrió enormemente los ojos. Luego, con toda energía, protestó:

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Yo no he matado a Belinda!

—Tendrá que demostrarme lo contrario —dijo mi amo, impasible.

—Y usted, probar que soy el culpable —respondió Cortés, recobrándose poco a poco del impacto recibido.

—¿Estuvo hoy, esta tarde, en casa de los Pliefer?

—Sí. No tengo por qué negarlo, inspector.

—Dígame la hora, señor Cortés.

—Entre tres y cuatro de la tarde.

—Belinda Pliefer murió alrededor de las cinco. Claro que también pudo morir a las cuatro y media de la tarde. O a las cuatro.

—En tal caso —sonrió el presunto homicida—, puedo probar que yo no estaba a las cuatro y media en casa de los Pliefer. A las cuatro y cuarto llegué aquí, y desde entonces, no he salido de casa.

—Bien, veamos esa prueba —dijo el inspector, sin perder la ecuanimidad.

—Claro —contestó Cortés. Volvió la cabeza y llamó—: ¡Inge!

—¿Sí, cariño?

Segundos más tarde, de la habitación contigua salió una rubia de formas voluptuosas y cabeza hueca, cubierta con un

semitransparente atavío que permitía muy poco margen a la imaginación. La rubia se apoyó en una de las jambas de la puerta y emitió una sonrisa que a mi amo le pareció enteramente profesional.

—Inge, querida —habló Cortés—, dile al inspector Kastell a qué hora he vuelto a casa.

—Serían las cuatro, digo yo —contestó la rubia, haciendo dengues y muecas a cada segundo.

—¿Satisfecho, inspector? Retírate, Inge —dijo Cortés.

—Satisfecho sólo a medias —gruñó Kastell—. Dígame a qué fue a ver a la señora Pliefer.

—Verá —sonrió el individuo—. Belinda y yo habíamos sido muy buenos amigos. Inge y yo vamos a casarnos muy pronto, y estimé que sería correcto por mi parte ponerle en conocimiento de nuestras intenciones. Eso es todo, inspector.

Kastell le miró con gesto suspicaz.

—¿Lo dice en serio? —preguntó.

—¿Por qué había de mentirle? ¿Quiere que llame a Inge otra vez, inspector?

—No, gracias. Sé que ella dirá que sí, de modo que no perdamos el tiempo—. De pronto, añadió —: Me extraña mucho que un hombre como usted se atreva a dar un paso semejante, señor Cortés.

—Soy soltero —dijo el tipo en tono melifluo—. Algún día tenía que casarme.

—¿Tiene mucho dinero su prometida?

Deliberadamente, mi amo pasó por alto la, llamémosla así, extraña situación en que se encontraban los dos supuestos prometidos. Él quería saber otras cosas más interesantes, ya que no creía en el matrimonio de Cortés con la rubia por nada del mundo.

—Usted me ofende, inspector —dijo el tipo, irguiéndose como si se sintiera ofendido—. Un hombre de mi estirpe jamás desciende a cosas tan miserables.

—No presuma de lo que no ha sido nunca —dijo el inspector en tono firme—. Usted no fue a despedirse de Belinda Pliefer; sino ella le despidió, porque se avergonzaba de lo que había hecho y quería recobrar el cariño y el respeto de su esposo. Furioso por la decepción, disparó contra ella y la mató.

—¡Le he dicho antes que no es cierto! ¡A las cuatro y cuarto estaba de vuelta en casa! ¡Y, si no, pregúnteselo a Pepe, el robot de

los Pliefer! ¡Él le dirá la hora exacta que abandoné yo el domicilio de Belinda!

Kastell analizó rápidamente las protestas del sujeto.

—Usted no es hombre que haya trabajado jamás —dijo con crudeza—. ¿De qué va a mantener a su esposa? ¿Acaso Inge es rica?

Escuche —gruñó Cortés—, ya sé que mi vida privada no tiene nada de edificante, pero algún día tenía que cambiar, ¿no? —luego añadió—: He conseguido un empleo de acuerdo con mis aptitudes, y la semana que viene empezaré a trabajar. Fíjese si me lo tomo en serio, que Inge y yo no podremos tener luna de miel cuando nos casemos.

Mi amo iba a contestar una barbaridad relativa a las lunas de miel, pero se contuvo a tiempo.

—¿Dónde piensa trabajar? Quiero comprobar todas y cada una de sus palabras. El señor Pliefer le acusa a usted y, aunque no podrá forzar la acción de la justicia, dispone de muchísimo dinero y le echará encima un batallón de abogados. Nos echará, mejor dicho, señor Cortés.

—Mi empleo es de una sección en las oficinas centrales de la «Compañía UWiinlandesa de Importación y Exportación». Puede preguntar allí; le darán una respuesta adecuada. La justa, claro.

Kastell frunció el ceño. Pliefer tenía la exclusiva do las importaciones y exportaciones con UWiiland. Aquella oficina, por tanto, tenía que pertenecer a Pliefer o, por lo menos, hallarse situada bajo su control. Era extraño que Cortés hubiese encontrado un empleo en un lugar semejante, doblemente extraño, si se tenía en cuenta que no había trabajado jamás.

—Muy bien, lo investigaré mañana. —Kastell se sentía cansado y hambriento y, además, se daba cuenta de que aquella noche ya no adelantaría nada—. Gracias por todo, pero no abandone la ciudad sin mi permiso.

—Así lo haré —prometió el sujeto—. Ah, olvidaba decirle una cosa importante.

—¿Sí? —murmuró mi amo.

—Yo no fui el último en ver con vida a Belinda Pliefer, si es eso lo que le interesa saber, inspector.

—Explíquese —pidió mi amo secamente.

—Cuando salía, me encontré con un tipo que cruzaba el jardín en

dirección a la casa. Nunca lo había visto antes; se lo aseguro.

—¿Cómo era el tipo?

—Bajo, rechoncho, de piernas muy estevadas, ojos saltones, chato y de boca muy grande. Andaba casi a saltos, de una forma ridícula, de verdad se lo digo.

Mi amo identificó al sujeto en el acto.

—¡Willi «El Sapo»! —exclamó, sin poder contenerse.

—Pues, ahora que lo dice —manifestó Cortés, muy serio—, sí, parecía un sapo, inspector Kastell.

* * *

Mi amo se llevó a la mañana siguiente un par de disgustos gordos. Uno de ellos, el primero, se refería a él en particular.

Mi amo era un sibarita de tomo y lomo. Me había enseñado a afeitarle y, así, todas las mañanas, mientras le enjabonaba la cara, él podía enterarse de las primeras noticias por los resúmenes de TV. Después, la pantalla solía mostrar los titulares de la primera página de los diarios más importantes.

Uno de aquellos titulares se refería a él y mencionaba al «irresistible Apolo de la policía». El inspector se indignó tanto, que se puso en pie de un salto, olvidándose de que yo tenia la brocha llena de jabón en la mano. Al mismo tiempo, fue a emitir un berrido de protesta, pero como avanzaba la cabeza, el resultado fue que se metió la brocha en la boca hasta el mango. Empezó a toser y a escupir jabón, alternando este violento ejercicio con profusas maldiciones sobre el periodismo, hasta que, sin aliento, se dejó caer de nuevo en el sillón, agotado por el esfuerzo.

A esa prójima le voy a decir yo cuatro cosas en cuanto me la eche a la cara —bramó—. ¡Llamarme Apolo, la muy…!

De pronto, me dirigió una mirada llena de suspicacia. Yo puse toda la cara de inocencia que puede poner un robot.

Maldito seas, Rocky —dijo, en voz baja y concentrada—. Si tuviese la seguridad de que habías sido tú, te pateaba el hígado.

El señor olvida que, al ser un robot, carezco de ese órgano tan vital para los humanos —alegué.

—Entonces, te echaría un chorro de aceite hirviendo en tu micropila nuclear, condenado saco de tornillos. Porque estoy seguro de que has sido tú el que le ha dicho a Leni Macklen lo de Apolo,

¿no es cierto? ¡Contesta, Rocky; es una orden!

—Si el señor me lo permite...

—¡No te permito nada que no sea responder a mi pregunta, Rocky! —tronó mi irascible dueño.

En aquel momento, el zumbido del visófono me liberó de un enojoso compromiso. En mi interior, si puedo hablar así, bendije al oportuno que llamaba al inspector.

—Con su permiso, señor —dije en tono respetuoso.

Fui hacia el aparato y unos segundos más tarde, decía:

—Es para usted, señor.

Kastell se acercó, quitándose el jabón de la cara con la toalla.

—¡Aparta! —gruñó. Y se encaró con la pantalla—. ¡Hola, sargento Anders! ¿Que noticias me tiene?

—«El Sapo» ha desaparecido, inspector —informó Anders—. No logramos dar con su paradero, tal como usted ordenó anoche.

—¡Pues búsquenlo por donde sea, por todas partes! ¡Destaque todos los hombres necesarios y pase la alarma a las restantes comisarías! ¡Es preciso encontrar a ese tipo cuanto antes!

—Sí, señor.

Kastell cortó la comunicación.

—El desayuno, pronto —ordenó.

—Al momento, señor.

El inspector comió en medio de un sombrío silencio. Lo de menos, para él, era que «El Sapo» se hubiese esfumado; tenía la seguridad de que pronto lo encontrarían. Pero que la periodista hubiese sacado de nuevo a relucir lo de Apolo, le tenía fuera de sí.

Estaba terminando su desayuno, cuando sonó de nuevo el visófono.

—Iré yo —gruñó. Y se puso en pie.

Me quedé a una respetuosa distancia, aunque, no obstante, podía ver y oír a la perfección. Mi circuito del asombro entró en funciones cuando capté en la pantalla la imagen de Hans Pliefer.

—¿Inspector?

—Buenos días, señor Pliefer —contestó mi dueño en tono cortés, pese a todo—. ¿Puedo servirle en algo?

—Tal vez —contestó el sujeto—. De todas formas, lo que voy a decirle, acaso le sirva a usted más que a mí en sus indagaciones.

—Muy bien, señor Pliefer. Adelante, le escucho.

—Esta mañana, un agente de policía me entregó algunos de los objetos que estaban todavía sobre el cadáver de mi esposa: su reloj de pulsera, el anillo de bodas, un solitario con un brillante marciano y sus pendientes. Son joyas de gran valor, desde luego.

—Me lo supongo —contestó Kastell con toda cortesía.

—Pero faltaba una joya, inspector. Una ajorca de oro puro, de diseño típicamente UWiinlandiano, que ella llevaba siempre en el tobillo. El valor de esa ajorca, si se mide sólo por el peso del oro de que estaba hecha, no era excesivo; su verdadero valor estribaba en que era una joya producto típico de la orfebrería UWiilandesa, ¿me comprende usted?

—En efecto, señor Pliefer. Pero, dígame, ¿está seguro de que su esposa llevaba puesta esa ajorca en el momento de su muerte?

—Podría jurarlo en cualquier parte, inspector —afirmó el hombre.

—Quizá no la llevaba puesta y está en algún rincón de la casa —sugirió mi amo.

—No. Rotundamente, no. La llevaba puesta. El que la asesinó, se la quitó después de muerta. Por si fuese poco, hice que el agente que me trajo las demás joyas llamase a la comisaría y se informase debidamente. En las fotografías que se tomaron del cadáver, la ajorca no aparece.

—¿Ha mirado bien en su casa? ¿En el tocador de su esposa?

—No se la quitaba ni para bañarse, inspector. La llevaba en el tobillo izquierdo, desde que se la regalé, como recuerdo de nuestro quinto aniversario de bodas. El asesino se la quitó.

—¿Tiene usted alguna idea de los motivos que impulsaron al asesino a hacer una cosa semejante, señor Pliefer?

—En absoluto. Además, eso le compete a usted, inspector. Quiero que me encuentre la ajorca cuanto antes, ¿estamos?

—¿Antes que el asesino? —preguntó Kastell en tono suave.

—Las dos cosas —gruñó Pliefer.

—Muy bien, haremos lo que se pueda. Ah, perdóneme —exclamó mi dueño de pronto—, yo también quiero hacerle una pregunta. ¿Qué relación tiene usted con la «Compañía UWiilandesa de Importación y Exportación»?

—Soy el accionista mayoritario. ¿Por qué lo dice?

—Ayer, cierta persona me dijo que la próxima semana iba a

entrar a trabajar en esa empresa como jefe de sección, señor Pliefer. Me refiero a Harriman Cortés.

Hubo una pausa de silencio. Después, Pliefer, explosivamente, contestó:

Cortés no trabajará jamás en ninguna de mis empresas, inspector. Y, otra cosa: lo que ha dicho es un solemne embuste. Para saber qué es el trabajo, ese tipo tiene que emplear antes un diccionario, ¿me comprende?

# CAPÍTULO V

CUANDO abrí la puerta, atendiendo al «dingdong» de llamada, mis objetivos visores captaron la encantadora figura de Leni Macklen bajo el dintel de la entrada.

—Hola, Rocky —saludó alegremente—. ¿Puedo pasar?

—Mi amo no está—informé—. Aunque estimo que no puede tardar ya mucho en regresar. Sin embargo —le advertí—, no le garantizo su actitud cuando la vea en casa.

—No te preocupes, Rocky —rió de buen humor—. Yo me encargo de ablandarle. Anda, prepárame mientras tanto una copita de ese jerez tan bueno que tiene ese oso gruñón por ahí.

—Usted manda, señorita Macklen. Se lo serviré al instante.

Le llevé la copa. Realmente, en aquellos momentos, más que nunca, lamenté ser un robot. Es curioso, merced a los millones y millones de combinaciones que puedo realizar en mi interior, con los recuerdos y conocimientos de toda índole previamente grabados en mis microbobinas memorísticas, más los que voy almacenando día a día en las microbobinas vírgenes, destinadas a tal fin, puedo actuar y razonar como un humano. Puedo reír, llorar, enfadarme, gritar, contar chistes, recitar poemas lacrimógenos… pero hay ciertas cosas que me están y me estarán vedadas eternamente porque, a fin de cuentas, soy una máquina. Y era muy lamentable precisamente en aquellos momentos.

Y hay que reconocer que Leni Macklen, con aquel encantador monopieza color tabaco, con vivos negros y amarillos, y sus cortos cabellos castaños ondeando libremente, estaba como para comérsela… un inspector de policía, claro, no un robot.

El futuro antropófago llegó casi en aquel momento. Le abrí, pasó al salón y se detuvo un instante bajo el gran arco de entrada. El silencio se podía cortar con un cuchillo, tan denso era.

—¿Rocky?

—A sus órdenes, señor.

—Lo que estoy viendo, ¿es realidad o es producto de algún maligno espejismo provocado por un habitante de Bertok?

Los habitantes de Bertok, un planeta situado a noventa y cuatro

años luz de la Tierra, poseían una mente privilegiada, capaces de proyectar cualquier imagen delante de los ojos de un sujeto normal, por medio de un hipnotismo instantáneo, que cesaba tan pronto como ellos, querían. Así, se comprendía la alusión de mi amo.

—No hay ningún bertokiano en las inmediaciones, inspector —dijo la chica, poniéndose en pie —Soy yo, en carne y hueso...

—¡Y qué carne y qué huesos! —comenté, a fin de romper la tensión.

—¡Cállate! —tronó Kastell—. No me gustan ciertas bromas, ni tampoco huéspedes a los que no he invitado.

—Está bien —dijo la muchacha recogiendo su bolso, que llevaba pendiente del hombro por una correa—. Me iré, pero ya se enterará mañana, por mi periódico, de quién fue el tercer visitante que estuvo en casa de los Pliefer la tarde en que murió Belinda. ¡Buenas noches, inspector! ¡Adiós, Rocky!

Las palabras de Leni espolearon a mi amo. Alargó el brazo y la detuvo en seco.

—¿A quién se refiere usted, señorita? —preguntó.

—A nadie, inspector. Ya lo leerá mañana en los periódicos.

Se soltó de la mano de Kastell y continuó su camino hacia la puerta.

Mi amo dio un par de saltos y se colocó delante de ella, con los brazos abiertos.

—¡No la dejaré pasar, si no habla! —exclamó—. Usted no puede obstruir la acción de la justicia, señorita Macklen.

—No me recuerde mis obligaciones, inspector, o le recordaré yo las suyas, y entonces tendrá que enrojecer de vergüenza —replicó Leni.

—Está bien, me rindo. Le pido perdón. Le ofrezco mi casa por entero, con todo cuanto contiene, pero dígame quién visitó a Belinda Pliefer la tarde de su muerte.

La chica sonrió.

—¿Otro jerez? —sugerí.

—Que sean dos —gruñó el inspector.

Les serví las copas. Bebieron.

—Se llama UWiit 20—F—95517 —dijo ella al cabo.

—¿Un UWiinlandés? —preguntó mi amo, estupefacto.

—¿Se extraña? —dijo Leni—. Recuerde que Pliefer es el hombre

que tiene en exclusiva todo el comercio con UWiinland, inspector.

—Es cierto —convino mi amo—. Pero ¿cómo lo ha sabido usted?

Leni se reclinó en el diván y cruzó las piernas. Sonrió con malicia.

—El fuego, a veces, se apaga con el fuego. Hay una rama de la medicina que se llama la homeopatía. *Similia similibus curantur* —recitó —. ¿Le explico el significado de la frase?

—No. Lo conozco muy bien. Pero ¿qué tiene.que ver la homeopatía con la muerte de la infortunada Belinda Pliefer?

—Muy sencillo. Usted interrogó a Pepe, el robot mayordomo. Él le contestó, hasta donde le permitían sus limitaciones.

—Eso es cierto.

—Bueno, yo tengo un robot. Con figura femenina, por cierto. Morenita pizpireta, parlanchina... un verdadero regalo para la vista. Inspector, ¿no ha leído usted los últimos ensayos del profesor Quenov sobre el comportamiento de algunos robots en el sentido que pudiéramos llamar amoroso afectivo? Le recomiendo que los lea; contienen cosas muy curiosas y, gracias a ellos, a mí se me ocurrió enviar a Nina... Bueno, el nombre completo es NNC— 5—LQ —2243...

—Sí, me lo imagino —atajó mi amo, muy nervioso —. Pero, continúe, por favor.

—Bien, instruí a Nina debidamente para que se presentase como vendedora de cepillos de dientes a domicilio. Usted sabe, inspector, que hay robots vendedores. Enseñan sus muestras, toman nota de los pedidos y, cuando regresan a su oficina, repiten los pedidos recibidos para que los sirvan al día siguiente. Oh, aquello de los pobres hombres y mujeres que debían patear las calles día tras día para obtener unos pocos céntimos de beneficio al día, se ha acabado ya. Ahora, los robots...

Mi amo se resignó. Mientras Leni hablaba por los codos, él me tendió la, copa para que se la llenase de nuevo, lo que hice en el acto.

—Pues bien —continuó la chica—, la presencia de Nina consiguió lo que nosotros, los humanos, no habíamos conseguido: es decir, los nombres de los visitantes que había tenido la señora Pliefer en la tarde de ayer, uno de los cuales, sin temor a dudas de ninguna clase, fue el asesino.

Kastell se inclinó un poco hacia delante, muy interesado en las

palabras dé la muchacha.

—Oigamos esos nombres —dijo, muy excitado por el interés que sentía.

—Verá, inspector, una se imagina lo que pasó entre el serio y estirado Pepe y la coqueta Nina, y calcula que los circuitos de Pepe, si no se fundieron, fue porque debe poseer un sistema de superrefrigeración interna, porque, es que hay que ver, Nina, cuando quiere, engaña al más pintado...

—¡Por favor! ¡Dejémonos de las reacciones psicoamorosas de los robots y hablemos de los visitantes de la señora Pliefer! —berreó mi amo.

—Está bien, está bien, qué hombre tan poco paciente —se quejó Leni—. Bueno, a uno de ellos ya lo conoce usted.

—Sí. Se llama Harriman Cortés y era... bueno, prefiero callarme —rezongó mi dueño.

—Sí, es preferible ocultar algunas cosas nada limpias —convino ella—. El otro visitante lo anda buscando la policía con gran ahínco.

—«El Sapo», ya lo sé. Ahora, siga con lo que ocurrió entre Belinda Pliefer y ese UWiinlandés extraordinario.

—Espere, hombre. Antes, entre «El Sapo» y UWiit, hubo otro visitante.

—¿Quién! ¿Cómo se llama?

—Hans Pliefer.

El silencio se desplomó de súbito sobre la estancia, gravitando sobre nosotros como una inmensa y pesada losa de plomo.

—Así que Pliefer estuvo en su casa y se lo ha callado —gruñó mi amo entre dientes— ¿Sabe la hora?

—Todas las visitas se produjeron en un lapso de tiempo comprendido entre poco antes de las cuatro y las seis de la tarde, horas en que, aproximadamente, murió Belinda Pliefer. De modo que cualquiera de ellos pudo ser el asesino, incluyendo al propio esposo, de quien deduzco, porque Pepe no oyó la conversación sostenida entre marido y mujer, fue con ánimo de sorprender a Cortés. En cuanto a «El Sapo», es un notorio ladrón y salteador de pisos, como usted sabe mejor que yo.

—Sí —convino Kastell—, y eso es lo que me extraña, porque «El Sapo», que yo sepa, hasta ahora, no había tocado el pelo a una sola de las víctimas de sus latrocinios. Pero, claro, alguna vez tenía que

ser la primera... En cambio —añadió en tono convencido—, el que no pudo matar a Belinda Pliefer, en modo alguno, fue UWiit.

—¿Por qué? —preguntó Leni Macklen.

* * *

Al llegar aquí, es preciso que haga un inciso para explicar quiénes y cómo son los nativos UWiilandeses.

UWiiland es un planeta, el 9° del XVI de la Confederación de Sistemas de Antares, cuya atmósfera está compuesta por una mezcla de amoníaco y oxígeno, irrespirable para los terrestres, por cuya razón se ven obligados a vivir allí en lugares estancos, con atmósfera similar a la nuestra, o con escafandras, si salen al exterior.

Inversamente, los UWiilandeses, cuando están en la Tierra, tienen que embutirse dentro de una escafandra, pero total, de modo que ni una sola partícula de su cuerpo toque el aire de la Tierra. Un humano, en UWiiland puede exponer un miembro de su cuerpo a la intemperie sin riesgo alguno, con tal de que tenga resueltas sus necesidades respiratorias.

En pocas palabras, la escafandra que usa un UWiilandés en nuestro planeta consiste en un tanque, transparente en su casi totalidad, que contiene la mezcla de gas necesaria para su supervivencia y que le es suministrada por unos depósitos que lleva consigo. El tanque se desplaza por medio de unas ruedas, movidas por un motorcito eléctrico, y también tiene unos muelles para saltar pequeños obstáculos y subir escaleras. El UWiinlandés vive así en su interior protegido de los elementos exteriores, que le aniquilarían.

No tiene nada de agradable. Es un ser de un solo globo ocular, pero con dos pupilas, brazos bifurcados a la altura del codo y piernas de la misma forma. Su cuerpo es como una bola de borra de setenta y cinco centímetros de diámetro y, para manejar los objetos exteriores, utiliza un par de pinzas mecánicas que sobresalen fuera del tanque, cuyas pinzas mueve con sus manos auténticas, así como los distintos mandos de su envolvente protectora.

El sistema de comunicación que emplea es harto original. No emiten sonidos; son telépatas, pero en sentido racial, quiero decir que sólo son telépatas entre ellos mismos. Por tanto, para entenderse con nosotros, perdón, con los humanos terrestres, disponen de una pantalla televisora, fabricada especialmente por ellos, en la cual

hacen aparecer, en signes alfabéticos inteligibles, las palabras y frases de su parte de conversación, recogiendo las palabras de los terrestres por medio de un micrófono que transporta los sonidos hasta el interior de su tanque.

Y eS que, amigos, hay cada raza en la galaxia... Pero sigamos con el relato. Estábamos en el momento en que mi amo había dicho que UWiit no había podido matar a Belinda Pliefer.

* * *

—¿Por qué? —preguntó Leni Macklen.

—Explícaselo, Rocky —dijo mi amo, encendiendo un cigarrillo con gesto indolente.

—Sí, señor —accedí—. En UWiinland se desconoce el homicidio tal y como lo entendemos... perdón, como lo entienden ustedes en la Tierra. Me refiero, naturalmente, a la muerte violenta de un ser viviente por medios no naturales. Pero ¿qué hacen en aquel planeta cuando uno de sus habitantes, por ejemplo, sufre un accidente grave, de difícil recuperación? ¿O cuando han alcanzado ya una edad provecta, de cinco o seis siglos terrestres, que les convierta en inútiles para la comunidad?

—Bien —dijo la chica—, para ellos, la eutanasia es algo permitido por sus leyes, pero es en función únicamente de una mejor conservación de su especie orgánica. Además, Rocky Robot, ya sabes la forma en que los matan, si se puede expresar en estos términos.

—Así es —convine—. Emplean el disgregador molecular, el mismo aparato que ahora se utiliza en nuestro planeta para ejecutar todas las sentencias de pena capital.

—Conforme —resumió mi amo—. Entonces, es preciso descartar a UWiit, porque su naturaleza, y no digamos sus pinzas mecánicas, que no están hechas para empuñar una pistola térmica, le impidieron matar a Belinda Pliefer.

—Sí, pero, entonces, ¿a qué fue UWiit a ver a la muerta? Esto no se lo pudo decir Pepe a Nina, porque no oyó nada.

—Tal vez —apuntó el inspector— nos lo diga mañana el esposo de Belinda Pliefer. Y, puesto que ya se hace tarde y no me queda otro remedio que soportar la insoportable presencia, de esta entrometida periodista, ¿por qué no nos preparas la cena, Rocky Robot?

# CAPÍTULO VI

POR la mañana, mi jefe, bruscamente, me dijo:

—Vamos, Rocky.

Con la timidez propia de un robot recién salido de fábrica, intenté protestar:

—Pero, señor, la casa...

—Déjala, ya la arreglarás otro rato. Ahora te necesito como grabadora.

Empecé a usar el circuito del descontento, aunque a baja tensión, por supuesto; no tenía ganas de quemar el aislante de alguno de mis conductores interiores. ¡Edison, Edison! ¿Para eso me habían construido? ¿Sólo para «te necesito como grabadora»? Esto era humillante para mí, pero, ya se sabe, donde hay humano, no manda robot. Servíamos como esclavos las órdenes de nuestros amos, sin posible rebelión.

El caso es que, poco más tarde, nos hallábamos en presencia del ya viudo de Belinda Pliefer, el cual estaba en el puesto central de sus vastas empresas, esto es, en un enorme despacho del rascacielos 221—280[1], perteneciente a su compañía, aunque, a fuerza de ser tan enorme, y por muy grandes que fuesen sus negocios, no podía ocuparlo por completo y tenía alquilados muchísimos de sus apartamientos, tanto a particulares como a otros comerciantes.

El despacho se hallaba en la planta 277ª, desde la cual se divisaba un magnífico panorama... de nubes bañadas por el sol. Era curiosísimo ver emerger numerosos rascacielos de aquel banco de nubes abrillantadas por los rayos solares, en tanto que, en el suelo, a una distancia promedio de mil metros, llovía con fuerza. En cambio, a tal altura, la transparencia de la atmósfera era absoluta, aunque resultaba preciso tamizar por medio de persianas y cortinas la crudeza de la luz del sol.

Mi amo y yo pasamos por encima —es un decir— de dos ministros, tres subsecretarios y una cantidad muy superior de gentes de menor importancia en comparación con los citados, pero de elevado rango comparados con el común de los mortales. Los ministros nos miraron con envidia, palabra.

El que no nos miró ni con envidia ni con ningún sentimiento de

simpatía, fue el dueño del rascacielos.

—Le agradeceré despache pronto, inspector —dijo en tono seco —. Tengo muchísimo trabajo…

—Tanto, que le impide ir a los funerales de su esposa —atajó Kastell con descaro—. ¿Usted era el hombre que la amaba?

—Deje mis sentimientos personales en paz y hábleme de los motivos que les han traído hasta aquí. Además, he retrasado los funerales para las cuatro de la tarde y, por otra parte, mi negocio es un conjunto de empresas que no puede detenerse, pase lo que pase.

—¿Y si usted muriese, quién tomaría el timón, señor Pliefer?

—Eso no importa ahora, inspector —dijo el sujeto, muy nervioso —. Exponga pronto el motivo de su visita y márchese, se lo ruego.

—Muy bien. Se lo diré en cuatro palabras. ¿A qué hora estuvo usted ayer por la tarde en su casa?

Las manos de Pliefer se cerraron de pronto en torno a los dos extremos de un lápiz.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó, mirándonos a través de dos estrechas ranuras, formadas por sus párpados casi cerrados.

—Eso no importa ahora —contestó mi amo—. ¿Por qué no me lo dijo ayer, en cualquiera de las dos ocasiones que hablamos?

—Usted no me lo preguntó, inspector.

Mi amo se quedó parado un instante.

—Es cierto, pero creo que usted debiera habérmelo dicho —reaccionó con presteza—. Y si calló, es que temía algo… o no quería verse complicado como sospechoso en la muerte de su propia esposa.

—¡Eso no es cierto! —vociferó Pliefer, fuera de sí—. ¡Yo no fui, yo no maté a Belinda! ¿Cómo iba a hacerlo, si la amaba más que a…?

Kastell le interrumpió:

—A veces —dijo en tono ponderado—, el hombre que ama a una mujer, también la mata en un arrebato de celos. Usted fue a su casa con ánimo de sorprender a su esposa con Cortés, y —no sé si lo consiguió o no—, pero bien pudo ocurrir que discutieran. En el ardor de la discusión, usted…

—¡No, no y no! —Pliefer golpeó la mesa con el puño, varias veces —¡Le digo que no fui yo!

—La pistola que se usó era suya, señor Pliefer. Está registrada a

su nombre y, créame, no todo el mundo puede poseer libremente una pistola térmica, un arma usada con preferencia por los organismos oficiales. Pero, usted, ya se sabe; cuando es capaz de tener a un par de ministros en la antecámara, ¿cómo no va a poseer una pistola térmica?

—Se está desviando de la cuestión, inspector. Insisto, y si es preciso, lo juraré, que yo no maté a Belinda.

—¿Estaba muerta cuando llegó usted?

Pliefer vaciló un momento.

—Sí —admitió al cabo.

—¿A qué hora sucedió eso?

—Serían las cinco y cuarto, tal vez cinco minutos más. No puedo precisarlo con tanta exactitud.

—¿Por qué no avisó entonces a la policía?

—Me sentí aturdido, espantado... todos sabían lo que ocurría entre Belinda y yo en los últimos tiempos. Temí que me achacaran su muerte... y escapé...

—Para regresar más tarde, fingiendo que no sabía nada.

—Póngase en mi sitio, inspector —contestó Pliefer en tono ceñudo—. No es un trago agradable volver a casa y encontrarse con la esposa asesinada...

—Y saber que se le va a considerar como sospechoso, porque era el que más motivos tenia para matarla.

—No, le repito que yo no lo hice. Belinda estaba muerta cuando llegué.

Kastell reflexionó unos momentos.

—¿Lo sabía ya Pepe, su robot mayordomo?

—Se enteró cuando cruzó la casa, para abrirme. Hasta entonces, había estado retirado en el fondo.

—Entonces, usted, antes de escapar, le ordenó que avisara a la policía, pero después de un plazo prudencial, media hora o tal vez una, ¿no es eso?

Pliefer volvió la cabeza a un lado.

—Sí —admitió con voz que apenas pude captar con mis circuitos auditivos.

—Muy bien. Comprobaremos sus declaraciones —resolvió mi amo al cabo—. Mientras tanto, no se mueva de la ciudad para nada.

—Tengo proyectado un viaje a la Luna para después de los

funerales...

—Si pone el pie en el astropuerto —le amenazó el inspector—, haré que lo encierren en un calabozo. Siga en la ciudad, se lo aconsejo.

Se puso en pie. Yo le imité.

—Ah —exclamó mi amo—, usted conoce a UWiit 20, ¿no es cierto?

—Sí. Tenemos negocios comunes. Vive en este mismo rascacielos, en la planta doscientos cincuenta y seis.

—Gracias, señor Pliefer. A propósito, ¿sabe que UWiit también estuvo ayer en su casa?

Hans Pliefer se quedó boquiabierto. Entonces, sonó el zumbido del visófono. El tipo dio el contacto con gesto mecánico.

Una vez muy conocida de nosotros sonó en el acto.

—¿Está ahí el inspector Kastell? Por favor, es urgentísimo.

Mi dueño respingó. Acercándose a la mesa. apoyó ambas manos en el borde y miró la pantalla del aparato.

—¿Qué sucede, Leni? —preguntó.

—Estoy en el *Kormoran*. Calle 600, número 2488. Venga inmediatamente, se lo suplico.

—Ahora mismo —contestó el joven. Cerró el contacto y miró a Pliefer—. Ya lo sabe; quietecito en la ciudad o, con ministros o sin ministros, se llevará un disgusto de los gordos. ¡Vamos, Rocky!

Salimos corriendo, casi atropellando a los numerosos visitantes que aguardaban en la antecámara. Nos dirigimos al ascensor, el cual nos llevó en pocos segundos a la azotea del rascacielos, donde habíamos dejado estacionado el helidisco.

En el momento de sentarme ante los mandos, mi amo ordenó:

—Rocky, conecta el canal especial de urgencia de la policía.

—Sí, señor.

El aire estaba surcado da aparatos similares al nuestro, que iban v venían por distintos niveles, según la distancia a recorrer y la velocidad empleada. Pero la policía, naturalmente, para casos de urgencia disponía de algunos canales, por los cuales se podía volar a una velocidad ilimitada.

En pocos momentos, el detector planigráfico nos indicó que estábamos ya sobre la vertical de la calle 600. Suspendí la propulsión y reduje la fuerza ascensional, con lo que el helidisco

empezó a descender a través de la capa de nubes.

Cuatrocientos metros más abajo, la lluvia empelé a repiquetear contra la estructura metálica del aparato. Doscientos metros más y ya pudimos ver los edificios y el suelo de la calle, brillante por la lluvia que caía con fuerza.

Entonces, propulsé el aparato hacia delante, a unos diez metros del suelo, hasta hallar el local indicado por la muchacha. Hice que el aparato se posara en el suelo, abrí las escotillas y nos precipitamos fuera para entrar en el local indicado.

Con franqueza, el *Kormoran* no era un lugar recomendable. Nuestra civilización progresa, pero los humanos permanecen siendo los mismos. Hay ricos, hay pobres; hay honrados y hay hampones. El *Kormoran* era, prácticamente, un albergue de hampones, maleantes, tahúres, estafadores, damas de virtud fácil y otros especímenes de la fauna humana, en sus estratos más inferiores.

Leni Macklen estaba sentada en una mesa, no lejos de la entrada. Al verla nos dirigimos hacia ella en línea recta.

—Siéntense —ordenó la muchacha. Agitó la mano—. Una ginebra.

—A mí —dije—, unas gotas de aceite lubricante, que ya lo estoy necesitando.

La pareja de humanos no pareció hacer aprecio de mi ironía.

—Bueno —exclamó el inspector—, ¿por qué tantas prisas, Leni?

—He conseguido averiguar dónde se esconde «El Sapo» —dijo.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó mi amo.

—El periódico está muy interesado en mis reportajes. Me ha dado carta blanca... y dinero en abundancia. A usted, posiblemente, no le habrían dicho nada. Pero a mí, con billetes en la mano, me han dicho lo que quería saber.

Trajeron la ginebra. Kastell la probó y la encontró nauseabunda.

—Conforme. ¿Dónde está, Leni?

—Pague la cuenta. Yo le acompañaré —dijo ella, sonriendo con femenina ironía.

—Creí que tenía dinero —alegó mi amo en tono mordaz.

—Donde hay un caballero, las damas no pagan —sonrió ella, poniéndose en pie.

Leni nos guió hasta una casa de pésimo aspecto —había sido construida a finales del siglo XXII—, un tabaco de noventa pisos, en

el cual no hubiese aceptado vivir ni un hotentote dedicado a la mendicidad. El plastilinóleo del suelo estaba desgastado, los metales de la escalera habían perdido su brillo y el ascensor crujía y se movía como si fuese a desintegrarse en cualquier momento. Su primitiva velocidad ascensional, que es tiempos había sido de quince metros por segundo, ahora alcanzaba apenas los diez.

Pero todos los padecimientos, aun de un robot, tienen su término. Cuando vi que el ascensor se detenía, que la puerta se abría y que salíamos al pasillo sin novedad, rebajé aliviado mi temperatura interna y pensé que, después de todo, la vida, aun en estado robótico, no es mala del todo. Por el momento, no iría a parar a la chatarra.

—Estábamos en la planta 12ª. Era evidente que, a Willi «El Sapo» no le agradaban las alturas. Leni buscó sin titubear la puerta de su apartamento y tocó el timbre.

Nadie contestó a sus llamadas. Leni se volvió hacia el inspector, con una expresión de desconcierto pintada en su rostro.

—Me aseguraron que era aquí —dijo.

Mi amo se puso unos guantes. Asió el pomo, lo hizo girar y empujó la puerta.

—Las damas, primero —invitó, sonriendo.

Y los robots, detrás. Entré a continuación y, unos segundos más tarde, sabíamos por qué «El Sapo» na había contestado a las llamadas de la chica.

Estaba muerto. Alguien le había abrasado el corazón con una descarga térmica.

# CAPÍTULO VII

SI me lo permite el señor —dije, mientras le servía una copa—, le recordaré que todavía no ha ido a visitar a UWiit.

Mi amo estaba tumbado en un diván, con los pies puestos sobre uno de sus brazos, y la cabeza apoyada en su cojín, lanzando al techo anillos de humo de su cigarrillo. Tomó la copa y continuó sumido en un profundo silencio.

Sus neuronas trabajaban. Lo mismo que mis microbobinas. Tanto él como yo, tratábamos de dar con el asesino, naturalmente que por el método deductivo, en tanto que el sargento Anders y un puñado de agentes a sus órdenes usaban el método más antiguo: buscar y preguntar.

Lo que más me extraña —dijo mi dueño al cabo—, es que la ajorca de oro UWiinlandés no ha sido hallada sn el domicilio de «El Sapo».

—Se la llevó el asesino.

—Sí, pero, ¿por qué? ¿Qué interés podía tener en esa joya?

—Un momento—exclamé de pronto.

—¿Sí, Rocky?

—Es indudable que «El Sapo» era un ladrón y un maleante y, según lo que parece más lógico pensar, fue a casa de los Pliefer a robar. No importa la hora que fuese; era un tipo hábil y astuto, que empleaba mil trucos para conseguir sus propósitos. Quizá se fingió vendedor de algo... a veces, hay humanos que se agarran a un empleo de robot para poder comer, ¿no es eso?

—Sí, tienes razón —admitió mi amó.

—Pero ¿cómo podemos saber con certeza que «El Sapo» fue quien robó la ajorca?

—Encontró muerta a Belinda Pliefer.

—Suponemos que la encontró muerta —objeté—, Pero no estamos seguros de ello. Damos por sentado que robó la joya, en virtud de sus antecedentes. Pero al no haberla hallado en su domicilio, nuestra acusación en ese sentido cae por su base.

Mi amo recogió las piernas y se sentó en el diván.

—En eso tienes razón —convino—. Aunque todavía te dejas en el tintero otra hipótesis, Rocky.

—¿Cuál, señor?

—El asesino se llevó la ajorca.

Hice trabajar mis circuitos al máximo de voltaje compatible con su seguridad.

—Entonces —alegué un segundo después—, es que la ajorca contenía algo comprometedor para el asesino.

—¿Contenía, Rocky?

—O le interesaba recuperarla.

—En tal caso fue...

Un penetrante zumbido sonó en mi interior. La temperatura de mi delicadísima maquinaria aumentó de forma horrorosa.

Conecté en el acto el sistema refrigerador y envié «para abajo» unos cuantos centenares de frigorías, a fin de evitar mi «muerte» por estallido de alguna válvula o incendio de alguna conexión. De haber sido humano, mi frente se habría cubierto de sudor en el acto... mucho sudor, pueden tenerlo por seguro.

Había estado a punto de cometer una terrible imprudencia, al acusar a un humano de un hecho delictivo. En efecto, el humano había realizado un acto dañino, pero, aunque matase a media humanidad, a mí me estaba terminantemente vedado, por mi naturaleza robótica, causar el menor daño a un ser humano. Y acusar a un hombre de asesinato, para que le castigasen, esto es, para hacerle sufrir una pena, era contravenir la ley fundamental robótica.

Al final, mecanismos interiores recobraron su delicado equilibrio interior. Kastell se dio cuenta de lo que me pasaba y se echó a reír.

—Has estado a punto de pronunciar el nombre del esposo de la víctima... de Belinda Pliefer, ¿no es eso, Rocky?

—Perdone el señor, pero me ha formulado una pregunta a la cual no puedo responder —manifesté con dignidad.

—Sí —convino el inspector en tono reflexivo—, tal vez a Pliefer le interesaba recobrar la ajorca. Pero, en tal caso, ¿por qué?

—¿Sabe usted si tenía alguna relación con «El Sapo»?

Mi amo me miró, muy sorprendido.

—No. Ni siquiera se me ha ocurrido preguntárselo. Pero ¿por qué diablos un sujeto de su posición iba a relacionarse con un ladronzuelo de tres al cuarto?

—Bueno, tal vez «El Sapo» se dio cuenta de que la ajorca podría

comprometerle y quiso deshacerse de ella, pero obteniendo antes una pequeña recompensa por su trabajo.

Kastell se puso en pie.

—Es cierto —dijo, con los ojos muy brillantes—. Acaso sucedió así. «El Sapo» llamó a Pliefer, le dijo lo que debía hacer para recuperar la joya, en la cual Pliefer parecía tener tanto interés, se citaron... y si Pliefer había matado a Belinda, le interesaba suprimir un testigo.

De pronto se fue hacia el visófono, dio el contacto y marcó un número.

—Sargento Anders —ordenó, cuando estuvo establecida la comunicación—, vaya a ver a Hans Pliefer en seguida y averigüe dónde estaba en el momento de la muerte de Willi «El Sapo». Caso de que le presente una coartada, compruébela exhaustivamente. Eso es todo.

Cerró la comunicación y se volvió hacia mí.

—Rocky, prepara el helidisco.

—¿Puedo preguntar —dije en tono cortés — adónde nos dirigimos?

—A ver a otro de los sospechosos.

—El señor se refiere sin duda al que no pudo matar a Belinda Pliefer.

—Exactamente, Rocky.

—Pero —consulté el reloj —son ya casi las once de la noche...

—¡Rocky, saco de tuercas! ¿Es que no te acuerdas de que los UWiinlandeses no conocen el sueño?

* * *

Ciertamente, ni a un robot le gusta captar con sus objetivos visores la imagen de un ser tan repulsivo como el UWiinlandés, cuya forma y manera de vivir he descrito ya antes. Pero cuando uno es robot, no le queda otro remedio que obedecer a los humanos.

Por fortuna, de momento a los humanos terrestres, no a los de otros planetas.

Como era de esperar, UWiit nos recibió de malísimo talante. Como los UWiinlandeses no pueden expresarlo con tacos y palabrotas o patadas a las sillas, hizo que la pantalla televisora, por medio de la cual se comunicaba con el exterior, adquiriese un

pronunciado tinte violeta durante un par de segundos. Luego, con ayuda de su privilegiada mente, «escribió» sobre el cristal deslustrado:

—*¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué vienen a molestarme a semejantes horas de la noche?*

—Perdone, señor UWiit —dijo mi amo cortésmente—, pero se trata de un asunto que no admite demora. Me refiero a la muerte de la señora Pliefer.

—*¡Ah, esa pécora! Bueno, ¿y qué pasa con ella? ¿Es que ya no se acuerdan de que nosotros, los UWiinlandeses, somos una raza que no mata jamás?*

—Es cierto —convino el joven—, pero precisamos de su colaboración para que nos aclare algunos de los puntos relacionados con ese asesinato.

—*Bueno, hable, inspector*. —La pantalla tomó el tinte amarillo sucio del aburrimiento.

—Usted estuvo en casa de los Pliefer el día en que murió la señora Pliefer. ¿Puede decirme la hora?

—*Las cuatro cuarenta minutos*.

—¿Está seguro?

Color rojo de ira y letras en negro.

—*Un UWiinlandés no miente nunca*.

—Le ruego que me excuse, señor UWiit —dijo mi amo. Era preciso tener mucho cuidado con aquellos tipos; poseían una sensibilidad a flor de piel y, por menos de un centavo, su embajador armaba una trapatiesta de las gordas—. ¿Puedo preguntarle por los motivos que le llevaron al domicilio de los Pliefer?

—*El señor Pliefer y yo tenemos negocios en común*. —pantalla de color gris muy claro y letras azules.

—Lo sé. Pero ambos tienen también sus oficinas en esto mismo rascacielos.

—*Es cierto. Sin embargo, el señor Pliefer había salido en aquellos momentos. Me urgía hablar con él. Usted debe saber, inspector, que hay conversaciones que no pueden celebrarse a través de los visófonos*.

—Me lo imagino, que no es lo mismo —ironizó mi amo—. ¿Estaba el señor Pliefer en su casa cuando llegó usted?

—*No. Me recibió primero su robot mayordomo, y luego, su esposa*.

—Entonces, ella estaba viva cuando usted llegó a la casa.

—*Así es*.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí?

—*Cinco, tal vez diez minutos. Puesto que Pliefer no estaba en casa, no tenía sentido permanecer al lado de un ser tan repelente como su esposa*.

—De modo que usted estima que la señora Pliefer era un ser repulsivo cuya presencia le incomodaba. ¿Su marido no?

Color verdiamarillo de incomodidad. Letras cárdenas, casi violadas.

—*Soporto al señor Pliefer en virtud únicamente de nuestras comunes relaciones comerciales* —contestó—. *Pero ustedes son humanos y no UWiinlandeses; no pueden darse una ligera idea del horrible aspecto que tienen vistos con nuestro ojo bipupilar*.

¡Miren quién habla de fealdad! El muy… La ofensa iba también para mí, puesto que, a fin de cuentas, al construirme como robot, me habían conferido la figura de un hombre, no de un asqueroso bicho como aquel que estaba encerrado en un cajón de vidrio. Si no le saqué la lengua, no fue por otro motivo que por no estropear mi circuito de la urbanidad.

—Sí, ya me imagino que para ustedes resulta terriblemente penoso tener que soportar nuestras presencias —convino mi amo en tono educado—. En fin, no quiero seguir molestándole, señor UWiit. Sólo le haré ya una pregunta, la última.

De nuevo el color amarillo sucio del aburrimiento, que significaba también resignación.

—*Bueno, adelante*.

—Ustedes, los UWiinlandeses tienen fama de observadores en extremo. ¿Puede decirme si cuando vio a la señora Pliefer llevaba puesta su ajorca de oro UWiinlandés en su tobillo izquierdo?

—*Sí, inspector*.

—Eso es todo, muchas gracias.

Nos dirigimos hacia la puerta. Mi amo me precedía.

Cuando Kastell abría, yo me volví como un rayo.

UWiit fue cogido en falta. Su pantalla estaba en negro y, sobre ella, se divisaban algunos signos amarillo anaranjados del lenguaje UWiinlandés. Aquellos colores expresaban algunos de los insultos más gordos que un nativo de aquel planeta, puede lanzar. Pero UWiit fue muy rápido en actuar y «borró» la pantalla apenas una

fracción de segundo después que yo me hubiese vuelto. La pantalla tomó en el acto el color azul claro la inocencia.

# CAPÍTULO VIII

CUANDO no tenía trabajo, suspendía todas las funciones «vitales» de mi organismo mecánico, dejando únicamente en actividad un pequeño microdetector que llamaba mi atención si ocurría algo particularmente interesante.

Era temprano todavía, el inspector seguía durmiendo a pierna suelta, y yo, a fin de relajar un poco la presión sobre los tensores y soportes de mis piernas artificiales, estaba tendido en el diván. Entonces, mi pequeño detector captó el sonido del timbre de llamada.

En el acto, el mismo microdetector conectó la corriente a todos mis mecanismos. Me puse en pie y caminé hasta la puerta.

Leni Macklen estaba en la entrada. Ahora su monopieza era de color irisado, prietamente ajustado a las esbeltas líneas de su cuerpo juvenil y cubierto por un impermeable transparente, dado el tiempo tan infernal que reinaba en el exterior. Este monopieza era del tipo corto, lo cual quería decir que sus perneras terminaban justo encima de la rodilla, dejando al aire las pantorrillas. En el tobillo izquierdo llevaba tres tintineantes ajorcas de plata, de un grosor no superior a los cinco milímetros.

Al lado de Leni había un tipo un tanto desastrado, de unos cuarenta años de edad, bajito, menudo, de ojos huidizos y nariz ganchuda, cuya gorra giraba continuamente entre sus manos nada limpias. ¡Edison mío; y que todavía haya gente así en pleno siglo XXIII!

—Hola, Rocky —saludó la muchacha con desenvoltura—. ¿Dónde está tu amo?

—Durmiendo, señorita Macklen —contesté muy cortésmente.

—Bueno, pues arráncale de la cama. Tú, Kimmy —se dirigió a su acompañante—, entra y espera ahí. Rocky, voy a calentar café.

—Bueno, a fin de cuentas, yo soy sólo un robot —contesté por encima del hombro—. El que tiene que protestar es mi amo por esta invasión. —y con el circuito del sarcasmo a toda tensión, agregué—: Me pregunto qué sucederá cuando se hayan casado. Si ahora, que no es nada de él, manda tanto, cuando sea su esposa...

—Oye, tú, pedazo de plástico con hierro —me insultó la chica—,

que yo no he dicho nada de que vaya a casarme con el animal de tu amo.

—Olvida usted —respondí— que tengo insertada una calculadora. Las posibilidades de que venga Nina a vivir aquí, siguiendo a su ama, claro está, son de dos millones y medio contra una.

—Tus circuitos no valen un tornillo pasado de rosca —contestó Leni, tan fresca.

Mi amo salió poco después, con los ojos embotados aún por el sueño. Pero se despabiló en el acto cuando reconoció al sujeto que estaba tomando café junto con Leni.

—Hola, «Piojo» —saludó—. ¿Qué diablos haces tú aquí?

—Le he traído yo —respondió Leni por el individuo—. En vista de que usted, derrochando vergonzosamente el dinero de los contribuyentes, se entrega al sueño en lugar de descubrir al asesino de Belinda Pliefer, he tenido que ser yo la que practique las pesquisas que debería haber realizado usted.

—No me diga —se burló el joven—. Y, bueno, ¿qué papel pinta Kimmy «El Piojo» en sus pesquisas, Sherlock Holmes de baratillo?

—Explícaselo tú mismo, Kimmy, ¿quieres? —dijo ella, repantigándose en el diván, con las piernas cruzadas.

La izquierda quedó sobre la derecha y la hizo balancear, a fin de que tintinearan sus ajorcas con melodioso sonido.

«El Piojo» metió la mano en el bolsillo y extrajo un objeto que entregó al joven. Mi amo lo contempló durante unos segundos y luego miró al sujeto.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó en tono severo.

La nuez del maleante subió y bajó varias veces.

—Lo… lo tenía «El Sapo», inspector.

—¿Te lo dio él?

—No.

La gorra de «El Piojo» continuaba dando vueltas sin cesar entre sus manos.

—¿Entonces…?

—Espere un momento, Ferdy —dijo Leni de pronto—. Le he dicho a Kimmy que usted le dejará marchar libre si dice la verdad. Él no tenía motivos para matar a «El Sapo»; eran íntimos amigos…

—Entre tipos como éstos, la amistad desaparece cuando hay de

por medio un objeto de valor semejante a esta ajorca —dijo mi amo, alzándola en la mano—. El valor para Pliefer no representa apenas nada; para Kimmy, diez mil «garants» es una suma como no la ha visto jamás en los días de su vida.

—¡Pero yo no maté a Willi! —protestó «El Piojo» con gran vehemencia—. ¡Estaba muerto ya cuando yo llegué a su casa!

—¿Qué? —respingó mi amo—. ¿Es eso cierto?

—Sí, inspector, lo juro. El cuerpo del pobre Willi estaba aún caliente...

—Ése no es un dato concluyente —le atajó el inspector—. Una persona que muere después de haber recibido una descarga térmica, conserva el calor de su cuerpo mucho más tiempo que una persona que haya muerto por cualquier otra causa.

—Como sea —rezongó el maleante—, pero Willi estaba muerto ya cuando yo llegué. Más tieso que mi bisabuela, porque mi abuela vive todavía —aseguró el maleante.

—Claro —dijo Kastell con sarcasmo—, en estos tiempos, con tantos adelantos sobre geriatría, ¿eh? —volteó la ajorca entre sus dedos y luego miró a la chica—. No me explico, entonces, cómo el asesino, si fue a buscar esta joya, se la dejó en casa de «El Sapo». Kimmy, ¿dónde le encontraste tú?

—Estaba en el suelo, a un paso de su cuerpo, inspector.

—Quizá el asesino no buscaba la ajorca —apuntó Leni, con cierta timidez.

—No, no lo creo. Si se la quitó a Belinda Pliefer...

—Tal vez no fue él, sino «El Sapo». Belinda podía estar muerta cuando llegó «El Sapo» a su casa, recuérdelo.

—Entonces, es que «El Sapo» vio al asesino. Éste, a su vez, se dio cuenta de que había sido visto y decidió suprimir a un testigo molesto.

—Es lo más probable —convino la muchacha—. De todas formas, ya tiene un indicio más, ¿no?

Mi amo fijó la vista en Kimmy.

—¿A qué hora llegaste a casa de tu compinche «El Sapo»?

—A las nueve y media de la mañana, más o menos.

—Y el cuerpo estaba aún caliente.

—Sí, inspector.

—¿Caliente o solamente tibio?

—Yo diría más bien tibio, inspector.

—Eso significa que «El Sapo» debió de morir alrededor de las ocho y media de la mañana. ¿Dices que la ajorca estaba casi al lado de su cuerpo?

—A un paso, inspector.

—Muy bien. Ya puedes largarte, pero no salgas de la ciudad.

—Conforme, inspector.

«El Piojo» escapó a toda la velocidad posible. Serví más café.

—Bueno, ¿y qué me dice usted ahora? ¿Qué conclusiones extrae de este hallazgo? —preguntó Leni.

—Ya lo he dicho antes, «El Sapo» vio al asesino y éste le suprimió.

—¿Me permite, señor? —dije yo en aquel momento, alargando la mano hacia la ajorca.

El inspector me la entregó, mientras se enzarzaba en una animada discusión con Leni Macklen sobre las causas de la muerte de «El Sapo». Yo me dediqué a un atento examen de la pieza de oro.

Era de un grosor poco común y hasta incómoda para llevar en el tobillo. Su anchura era de casi diez centímetros y estaba labrada con los peculiares dibujos de la orfebrería UWiinlandesa. Su grueso no bajaría de los cinco milímetros que, con los salientes de los adornos, llegaba, en algunos casos, hasta los diez milímetros.

En su parte interior se veía la inscripción que era lógico esperar estuviese grabada:

HANS A BELINDA
V Aniv. 10—4—2287—2292

Una de las cosas buenas que tenemos los robots, no todo ha de ser desventajas de haber «nacido» máquina, es que nuestros circuitos visuales pueden, en ocasiones, ser utilizados como potentes microscopios. Empleando el máximo de aumentos, estudié con atención la composición metalífera de la ajorca.

No tardé en encontrar un detalle que me intrigó sobremanera.

—¡Jefe!

Mi amo estaba muy entretenido con Leni. Tuve que llamar su atención de nuevo.

—¿Qué quieres, Rocky?

Reduje mi visión a los límites normales. Le entregué la ajorca.

—Envíela al laboratorio y hágala analizar.

—¿Por qué? —preguntó, muy extrañado.

—Es de oro puro —expliqué.

Leni me miró muy interesada.

—Eso ya lo sé —estalló mi amo—. Tengo ojos en la cara, ¿no?

—Por favor —dije—, haga lo que le digo. Verá, cuando obtenga el resultado del análisis, que la composición de la ajorca es a base de oro totalmente puro, sin mezcla alguna de otro metal.

—¿Y por qué había de tener mezcla? —preguntó la chica.

—Se lo diré. En un principio, cuando se establecieron relaciones entre la Tierra y UWiinland, al dar al intercambio comercial, las joyas y objetos de oro que nos enviaban eran purísimos, sin mezcla alguna de otro metal. Pero así, el oro resulta blando... recuerden la aleación de las monedas antiguas; siempre se les añadía un poco de cobre, una proporción que oscilaba entre el cinco y el diez por ciento, a fin de proporcionarles la dureza necesaria para que pudieran resistir el continuo movimiento que supone ir de mano en mano... en fin, para resistir al uso. Entonces, a los orfebres UWiinlandeses se les recomendó hicieran lo mismo; ganarían igual con cada joya, pero, a la larga, saldrían beneficiados porque, con el mismo oro, más un poco de cobre, obtendrían mayores ganancias.

—Eso es cierto —exclamó la chica vivamente—. Pero no veo qué relación tiene esta joya de oro puro con la muerte de «El Sapo».

Sencillamente —contesté—, que no es la ajorca de la señora Pliefer, sino una reproducción exacta.

Un espeso silencio se abatió sobre la estancia. De pronto mi amo exclamó:

—Eso significa que el asesino se llevó la auténtica y dejó la falsa junto al cadáver de «El Sapo» para confundirnos y que creyéramos que él la había robado.

—¿Y qué tal si «El Sapo» —sugerí— hubiese tenido en su poder la auténtica y trató de negociar con el asesino, al cual ya conocía? Entonces éste, a fin de no ser descubierto, preparó una reproducción...

Mi amo pegó un fuerte golpe sobre el brazo del sillón en que estaba sentado.

—¡Esto no encaja! —exclamó—. ¡No es de sentido común! ¿Sabemos si acaso la señora Pliefer no había encargado ella misma

una reproducción? Tal vez le entregó la auténtica a Harriman Cortés… tenía un valor infinitamente superior a cualquier reproducción terrestre, dada su autenticidad UWiinlandesa, aunque la reproducción terrestre fuese también de oro. No olvidemos que Belinda Pliefer había estado sufragando durante mucho tiempo los caprichos de su… amiguito.

—Es posible —convino la muchacha—. En tal caso, ¿por qué no interroga al tal Cortés?

El visófono sonó de pronto.

—Un momento, por favor —dije. Establecí la conexión y, en seguida, capté la imagen del rostro del bueno de Anders—. Para usted, señor.

Kastell se situó frente a la pantalla.

—Hola, sargento. ¿Qué novedades hay?

—Una, bastante importante, señor. Harriman Cortés no se llama así ni por el forro. No es americano descendiente de españoles ni, si no temiese ser tachado de exagerado, diría que no ha visto en su vida una película de «cowboys». Su verdadero nombre es Franz Kneitel, y hace años cumplió una condena de tres años por estafa.

—Conque Franz Kneitel, ¿eh? —rezongó mi amo—. Gracias, Anders.

Cortó la comunicación v se volvió hacia mí.

—Rocky, prepara el helidisco. Vamos a hacer una visita a ese falso descendiente de los conquistadores españoles.

—Bueno —sonrió la chica—, él también es un conquistador.

—De «tías» estúpidas —mascculló mi amo.

Pocos momentos más tarde, levantábamos el vuelo desde la azotea.

Cuando llegamos al apartamiento de Harriman Cortés, nos encontramos con una verdadera sorpresa. Perdón, dos sorpresas.

La primera fue que Cortés no estaba allí. Tampoco su… prometida Inge.

La segunda sorpresa consistió en tropezarnos con UWiit.

# CAPÍTULO IX

LA pantalla comunicadora de UWiit se iluminó primero con el color azul fuerte de la sorpresa, en el cual aparecieron, durante una fracción de segundo, varios signos que indicaban las maldiciones que nos echaba por nuestra inoportuna llegada. Después, con sorprendente rapidez, varió al tono rosado de la afabilidad.

—*¡Hola, inspector!* —saludó gráficamente—. *¿Qué tal está?*

—Bien, gracias —contestó mi amo en tono seco—. Le presento a la señorita Macklen.

—*Encantado de conocerla, señorita*.

—Lo mismo digo —expresó Leni, procurando mantener la compostura.

—*Tendrán que dispensarme* —escribió el UWiinlandés, letras rojas sobre fondo azul celeste, símbolo de la urgencia—. *Tengo prisa y...*

—Aguarde un momento —dijo mi amo—. Nosotros no tenemos ninguna. Quiero hablar con usted, señor UWiit.

—*Le advierto que no tiene ningún derecho a retenerme aquí contra mi voluntad* —protestó el ser. Rojo oscuro y letras amarillas, de un tono muy fuerte.

—Lo siento, señor UWiit. Estoy esclareciendo un caso de doble homicidio y tengo muchas más facultades de las que usted mismo se imagina. Mientras esté en la Tierra, se halla sujeto a nuestras leyes.

—*En tal caso, llamaré a mi abogado* —dijo UWiit, con el tono inmaculadamente blanco de la dignidad.

—Puede hacerlo, pero ello no le eximirá de contestar a mis preguntas. Por su propio bien, le aconsejo que sea sensato y no trate de obstaculizar la acción de la justicia.

—*Muy bien, no quiero que digan que no colaboro con usted. Hable, inspector; le escucho*.

—En primer lugar, le diré que no hemos venido a hablar precisamente con usted, ya que nuestra intención era entrevistarnos con el propietario del apartamiento, Harriman Cortés.

—*No está*.

—¿Cómo lo sabe?

—*He recorrido el piso. Está vacío*.

—¿Sabe adónde ha podido ir?

—*No tengo la menor idea*.

—Según tengo entendido, Harriman Cortés iba a empezar a trabajar la próxima semana en una empresa relacionada con el comercio UWiinlandés. ¿Le había facilitado usted el empleo?

—*Sí*.

—¿Es que se conocían?

—*Sí*.

—¿En qué lugar se conocieron?

—*En una fiesta que dio la difunta señora Pliefer*.

—¿Cuánto tiempo hace de ello?

—*Unos dos meses, más o menos*.

—¿Fue entonces cuando usted le prometió el empleo?

—*No. Vino hará una semana. Dijo que iba a casarse y que quería trabajar. Para los terrestres es un hombre atractivo y apuesto. Podía tener buenas probabilidades en el trato con los clientes. Se lo concedí*.

—¿Sabía usted que el señor Pliefer se oponía a la concesión de ese empleo?

La pantalla se iluminó con el color, gris de la indiferencia.

—*Yo también puedo emplear a quien me parezca, ¿no cree?*

—Eso, quien lo tiene que creer, es el señor Pliefer. Él me aseguró que Cortés no trabajaría jamás en ninguna de sus empresas.

—*Bueno* —UWiit sonrió en un rosa fuerte, con bandas más claras —, *sin duda el señor Pliefer olvida que yo puedo oponerme a muchos de sus deseos. Cortés trabajará conmigo, lo quiera Pliefer o no lo quiera*.

—Entonces, es lógico deducir que vino aquí para hablarle de su empleo.

—*Exacto, inspector*.

Mi amo se pellizcó el labio inferior.

—¿No encuentra extraño que Cortés se haya ido?

—*Tiene una prometida encantadora, según el módulo de belleza terrestre. Estarán en cualquier parte, divirtiéndose*.

—¿A las once de la mañana?

—*Cualquier hora es buena para que unos enamorados se diviertan, inspector* —escribió UWiit con el gris azul de la filosofía.

—Sí, tal vez —convino mi amo—. De todas formas, si llega a verle, no deje de decirle que me interesa sobremanera hablar con él cuanto antes.

—*Así lo haré, inspector* —prometió el sujeto.

Y, poniendo en marcha el mecanismo de traslación, se deslizó por el suelo hacia la puerta.

Al quedarnos solos, Leni dijo:

—Ferdy, ¿no le parece un poco rara la presencia de UWiit en casa de Cortés?

—Sí, un poco, es preciso convenir en ello —respondió mi amo, sumamente intrigado—. Pero más que nada, me extraña la repentina ausencia de Cortés.

—¿Teme que le haya sucedido algo?

—Una de dos: o ha escapado porque es el asesino… o le han asesinado porque, empleando una frase sobada, sabía demasiado.

Y tras estas palabras, se acercó al visófono que había sobre una mesita cercana y marcó el número de su comisaría.

—Sargento de guardia al habla —sonó una voz a los pocos segundos.

—Hola, Heuffel —dijo mi amo—. Ponga en marcha su grabadora; voy a dar una señal de alarma general.

—Un momento, señor.

Pasaron varios segundos. Luego, el sargento Heuffel invitó:

—Adelante, inspector.

—Bien. Se recomienda la búsqueda y captura del llamado Harriman Cortés, cuyo verdadero nombre es Franz Kneitel. Descripción: unos treinta y dos años, cabellos oscuros, ojos negros, metro ochenta y cinco de estatura, elegante, distinguido. Va acompañado, o se supone, de una muchacha rubia de unos veintitrés o veinticuatro años, esbelta, bien formada, cuyo nombre es Inge, ignorándose el apellido. Se incluye la descripción de la mujer a efectos de identificación, ya que ella parece ser inocente del delito que se imputa a Harriman Cortés. Es preciso vigilar todas las salidas de la ciudad: terrestres, aéreas y espaciales. Cortés y su acompañante deben ser detenidos, apenas sean vistos, y trasladados a la Comisaría. Eso es todo.

—Muy bien, señor —dijo el sargento Heuffel, tras haber registrado la grabación—. ¿Algo más?

—No, salvo que, si encuentran algo de particular, debo ser avisado inmediatamente. Voy a realizar una diligencia; luego estaré en mi domicilio. Llamaré de cuando en cuando, a pesar de todo,

para inquirir noticias.

—Sí, señor.

Kastell cerró la comunicación. Leni preguntó:

—¿Adónde va ahora, Ferdy?

—Quiero hablar con Hans Pliefer. Unas cuantas preguntas y respuestas no nos harán ningún mal a ambos.

Esto equivalía tanto como a una orden de poner en marcha el helidisco. Así lo hice, y poco después, volábamos en dirección al rascacielos de Hans Pliefer.

Un espeso banco de nubes cubría por completo la ciudad, desde casi el nivel de la calle, hasta más de dos mil metros. Ni uno solo de los edificios se podía divisar, por tanto.

La circulación de helidiscos había sido restringida bastante. Podía decirse que sólo volaban los vehículos oficiales, el nuestro entre ellos, por supuesto.

Tuve que localizar el rascacielos de Pliefer por rayos infrarrojos. La silueta de la altísima torre apareció en la pantalla, junto con otras no menos elevadas. Tener que acercarse con tantas precauciones para no estrellarse contra algún rascacielos nos costó un tiempo precioso, pero, al fin, conseguí posar el aparato sobre la terraza del edificio.

Descendimos hasta la planta 278ª. La placa de mi amo nos franqueó todas las puertas con gran facilidad. Además, y esto fue una cosa que nos extrañó a todos en gran manera, no se advertía en la antecámara el excesivo número de visitantes que de ordinario solía tener el magnate.

La primera secretaria de Pliefer acudió a atendernos. Era una chica bastante guapa, muy pagada de su cargo, y miró a Leni de arriba abajo, con aire desdeñoso.

Leni no se amilanó y, mientras mi amo hablaba con ella, le tomó un par de fotografías con su microcámara.

—Quiero hablar con el señor Pliefer —dijo Kastell.

—Lo siento, inspector, no está —contestó la engreída secretaria.

—Dígame adonde ha ido. Es urgente.

—No lo sé. No me lo ha dicho.

El tono de la chica era tan despegado como su actitud. Mi amo procuró ser paciente.

—Escuche, señorita —dijo—, ya me imagino que usted debe

lealtad a su amo, pero más la debe a las leyes. Si sabe adonde ha ido su patrón dígamelo, antes de obligarme a recurrir a otros procedimientos legales para obligarla a hablar.

—Le he dicho que no lo sé —insistió la secretaria—. Se marchó hace un par de horas de repente, pero no dijo adonde se iba.

—Déjela, Ferdy —dijo Leni en aquel instante—. He tomado un par de impresiones de esta dama tan poco hospitalaria, y la incluiré en el concurso que mi periódico celebra para elegir «Miss Antipatía 2292».

La secretaria no se amilanó por las palabras de Leni.

—Eso me importa un rábano —declaró con cierta tranquilidad. Abrió de golpe la puerta del despacho de su jefe—. Véanlo ustedes mismos si no me creen. El señor Pliefer no está.

—No se trata de que esté o no esté, sino que nos diga adónde se ha ido, señorita —insistió mi amo.

—Ya tiene mi respuesta, inspector —dijo la joven fríamente—. Y perdone, pero tengo trabajo.

—Un momento —exclamó Kastell—. Dígame su nombre y domicilio, señorita.

Ella vaciló un momento, pero acabó por contestar:

—Laura Scharff, calle 500, 2.221, planta 110ª, letras NT.

—Muy bien, señorita Scharff. Antes de que se acabe el día, recibirá la visita de un agente de policía y un interrogador jurado, con su electrofisioneurógrafo, los cuales le repetirán las mismas preguntas que acabo de hacerle yo. Si ha mentido, no olvide que la pena por complicidad con un asesino puede alcanzar hasta veinte años de cárcel y, en según qué casos, acompañar al asesino a la cámara de disgregación molecular. Aun suponiendo que el señor Pliefer resultara inocente, su mentira le costaría tres años de cárcel. Eso es todo, señorita Scharff. ¡Vamos!

Cuando arrancábamos, mi amo dijo:

—El electrofisioneurógrafo nos dirá si ha mentido o no.

—Yo opino que ha dicho la verdad, con todos los respetos —intervine de pronto.

—¿Por qué? —preguntó mi amo, muy sorprendido.

—Mientras contestaba a sus preguntas, utilicé el aumento visual de mis objetivos receptores de imágenes. Su frente permaneció tersa, limpia, sin la menor partícula de sudor que no fuese el natural y que

no se advierte normalmente a simple vista. Yo hubiese percibido al instante, de habernos mentido, una segregación anormal de sudor, cosa que no se ha producido.

El inspector calló unos instantes. Luego, muy furioso, preguntó:

—Entonces, ¿dónde diablos se ha metido ese condenado Pliefer? ¿Dónde está Harriman Cortés?

Por el momento, eran preguntas que ni yo, con mi inmensa sapiencia, con la inmensa cantidad de conocimientos almacenados en mis circuitos memorísticos, y ni aunque me hubiesen liberado de la obligación de no dañar a ningún ser humano, estaba en situación de contestar.

# CAPÍTULO X

LENI dijo:

—Inspector, va a desgastar la alfombra.

Mi amo contestó con un bufido y continuó paseando arriba y abajo por la sala. Los informes que le eran remitidos periódicamente desde la comisaría, en la cual se centralizaban todas las demás informaciones obtenidas por los agentes que buscaban a Pliefer y a Cortés, habían resultado negativos hasta entonces.

Serví la cena. Leni comió con buen apetito, sin importarle en absoluto la conservación de su esbelta línea. Mi amo, en cambio, se dejó casi íntegro el magnífico filete que le había preparado, rociado al ron y adornado con guisantes venusinos, una legumbre exquisita donde las haya.

Serví también el café. Mientras tanto, hacía trabajar intensamente mis circuitos. El analizador de posibilidades estaba sometido a una intensa refrigeración, dado el fuerte voltaje que circulaba por sus bobinas. Una y otra vez repasaba mis conocimientos acerca de los dos desaparecidos, sin que pudiese dar con la solución del lugar donde podían hallarse en aquellos instantes.

Además, ¿de qué me hubiera servido saberlo? Decir su actual escondite, hubiera sido tanto como causarles un daño. Siendo un robot, no puedo dañar a los humanos, así que cerré las consultas y abandoné el caso.

Leni encendió un cigarrillo con aire pensativo. De pronto halló lo que creía ser la solución.

—Ferdy —exclamó—, creo que ya lo tengo.

El inspector la miró con gesto de atención.

—¿Qué es lo que tiene, Leni?

—El sitio adonde, por lo menos, ha ido uno de los hombres a los cuales buscamos.

—Vamos, vamos, hable pronto; no me tenga sobre brasas —dijo mi amo con tremenda impaciencia—. ¿Dónde cree usted que ha ido… cuál de los dos?

La chica señaló el visófono.

—Llame usted al Centro Rector de Órbitas Próximas y pregunte

si, desde la azotea de la torre 221—280, se ha solicitado una órbita, en el día de hoy, de una astronave particular para la Luna. Pida también el nombre del solicitante; pero dese prisa.

—De acuerdo —contestó mi patrón.

Empecé a comprender el pensamiento de Leni. ¿Y yo era un robot? ¿Cómo no se me había ocurrido antes, Edison, mío? Merecía ser arrojado a la chatarra, como incapaz de coordinar debidamente los esfuerzos de mis bobinas.

Ferdy Kastell tardó muy poco en tener la respuesta.

—A las catorce horas y treinta minutos —informaron del C.R.O.P. —se solicitó, y autorizó, una órbita próxima, con destino a la Luna y a nombre de la señorita Laura Scharff.

—Gracias —contestó Kastell. Cortó la comunicación y se volvió hacia nosotros—. ¡Esa maldita secretaria! Rocky, tú dijiste que no había mentido.

—Y no mintió —aseguré muy serio—. Pero ¿era necesario que ella misma solicitase la concesión de la órbita?

—¡Claro! —exclamó Leni—. La pidió el propio Pliefer, pero a fin de no dejar rastros comprometedores, por lo menos, en un tiempo inmediato, dio el nombre de su secretaria. Eso le concede una ventaja muy apreciable, tanto que... —consultó su reloj—, no le debe faltar ya mucho para llegar a la Luna.

—Bueno —barbotó mi dueño—, pero ¿qué diablos ha ido a hacer allí?

—Estoy segura —musitó la chica— de que Cortés también ha ido a la Luna. No sé qué pasa ni qué pretenden el uno y el otro, pero se me ocurrió que la Luna era el sitio al cual podía ir Pliefer. Recuerde, Ferdy; es el concesionario exclusivo de las importaciones y exportaciones de UWiinland.

—Es cierto —convino el inspector—. Y todas las mercancías que vienen de aquel planeta se almacenan previamente allí, en depósitos estancos, pero sometidas durante el período de día lunar, que son catorce terrestres, a la acción de los rayos ultravioleta de nuestro Sol. El sol de UWiinland es pobre en luz y en calor, y también en radiaciones ultravioleta. Muchos gérmenes que allí existen, mueren automáticamente en la superficie de la Luna con apenas cuarenta y ocho horas de exposición a la luz solar. Es una medida que se adoptó cuando se produjeron algunos peligrosos casos de enfermedades

UWiinlandesas, que no existían en nuestro planeta y que hubiesen podido causar grandes catástrofes.

—Exacto —dijo Leni, poniéndose en pie—. Y ahora que ya sabemos donde están esos tipos —Pliefer por lo menos —, pida un astroyate a la Jefatura y vamos a ver si podemos darle alcance.

Mi amo resumió la situación con una frase lapidaria

—Si Pliefer consigue embarcar en una nave UWiinlandesa, ya no podremos detenerlo bajo ninguna acusación, ni aunque hubiese dado muerte a media Humanidad.

* * *

Los tratados entre la Tierra y UWiinland establecían que si algún criminal conseguía ganar el refugio de una nave del segundo planeta, siempre que esta nave se hallase situada fuera de la atmósfera terrestre, no se podría solicitar la extradición, cualquiera que fuese el motivo que hubiese impulsado al delincuente a pedir refugio en la astronave UWiinlandesa.

Les casos que se daban, sin embargo, eran rarísimos; los UWiinlandeses se percataban de las graves dificultades en que podrían verse envueltos caso de proteger a un fugitivo de la justicia terrestre y, por lo general, los capitanes de astronave rechazaban automáticamente toda petición de asilo en su aparato. Sin embargo, el caso de Pliefer era un poco distinto, dado su rango y posición, las cuales podían influir lo suficiente para inducir a los UWiinlandeses a arrostrar las consecuencias de un conflicto de tal índole.

Por dicha razón, mi amo había pedido una nave policial ultrarrápida. No quiso otro ayudante que el sargento Anders, aparte del piloto. Leni y yo también íbamos; a la muchacha no hubo medio de dejarla atrás. Por otra parte, convenía tener un testigo de excepción para lo que pudiera ocurrir. La detención de Pliefer, si no se justificaba debidamente, armaría mucho, muchísimo ruido.

Nuestra nave despegó de la azotea con cierta aparente lentitud, que no se modificó mucho mientras nos hallamos en el interior de la atmósfera. Pero apenas hubimos alcanzado unos trescientos kilómetros de altura, el piloto aceleró poco a poco y colocó la palanca en el punto máximo. A partir de aquel momento, el aparato continuaría ganando velocidad automáticamente, hasta llegar al punto de deceleración, que se señalaría también de modo

automático.

La aceleración nos pegó a los asientos. Dentro de mí percibí una serie de crujidos y chasquidos muy pequeños, pero de todos los tonos, lo cual me indicó la enorme presión a la que estaban sometidos todos los delicados componentes de la maquinaria. No obstante, soy una espléndida muestra de la *International Robot Factory*, y resistí mejor aún que los pobres humanos.

A doscientos cincuenta mil kilómetros de la Tierra, tres horas después de nuestro despegue, a unos ciento cuarenta mil de la Luna, el decelerador automático entró en funciones y el aparato empezó a perder velocidad.

Hora y media más tarde, el piloto recobró los mandos de la nave y, tras comunicar su posición e intenciones al Centro Orbital Lunar, y recibir el oportuno permiso, empezó a evolucionar sobre el área de los almacenes de la Compañía Terrestre—UWiinlandesa de Importación y Exportación.

El lugar estaba situado no lejos de Cabo Laplace, un enorme promontorio rocoso, de casi tres mil metros de altura, que se adentra en el Mar de las Lluvias, en el hemisferio norte del satélite. Mientras el aparato daba vueltas sobre el impresionante conjunto de almacenes y astromuelles de carga y descarga, nosotros, incluido el sargento Anders, nos colocamos los trajes de vacío.

Sí, también un robot necesita escafandra espacial. Algunos de sus delicados instrumentos no están hechos para soportar las feroces temperaturas del espacio y, por otra parte, está el problema de la grasa. No es que yo nade en aceite, vamos, pero mis partes móviles están cubiertas de una fina película de lubricante el cual, aunque tiene incorporado un anticongelante para que un robot pueda soportar los distintos bajo cero del planeta, en cambio, se helaría en el acto a doscientos y aún más grados negativos del vacío del espacio. Y a mí no me haría ninguna robótica gracia el quedarme paralítico a los dos minutos de haber salido fuera de la nave a un lugar sin atmósfera.

Así, pues, mi escafandra era idéntica en todo a la de mis compañeros humanos aunque, por supuesto, yo no necesitaba utilizar el oxígeno para la respiración. Pero sí, en cambio, convenía que llevase el cuerpo metido dentro del aire de la escafandra y éste calentado a una temperatura normal, por medio del dispositivo de

acondicionamiento de que estaban provistos todos los trajes espaciales.

En el muelle más alejado del edificio principal divisamos una nave UWiinlandesa. Su forma completamente cilíndrica, con cuatro salientes en la parte inferior semejantes a patas delgadas cilíndricas, terminadas también en otros cilindros más gruesos, era inconfundible. En torno a ella se afanaban una serie de sujetos, terrestres en su mayoría, estibando la carga en sus bodegas. El aparato era enorme; los UWiinlandeses parecían partidarios del colosalismo, y la nave debía medir más de trescientos metros de altura. La capacidad de sus bodegas tenía que ser fabulosa.

Obedeciendo las indicaciones de mi amo, el piloto gobernó la nave en dirección al edificio principal. De pronto, cuando nos hallaríamos a unos cien metros de altura y doscientos de distancia, vimos que salía del mismo una motocicleta de tipo lunar, tripulada por un individuo vestido con escafandra de vacío.

Las motocicletas de tipo lunar son casi idénticas a las de la Tierra, salvo en el tamaño de sus neumáticos, prácticamente balones de fútbol de dos metros de altura y de baja presión, con unos dispositivos en forma de alas, de rejilla, que sirven para evitar los posibles hundimientos en algunos de los «charcos» de polvo lunar, cuya profundidad, a veces, no se ha conseguido saber jamás. Están movidas por una batería eléctrica y tienen también un pequeño equipo de cohetes para despegarse de esos charcos de polvo, si por casualidad cae en uno de ellos.

La motocicleta rodaba a gran velocidad, dejando tras sí una espesa estela de polvo grisáceo que, al impacto de los rayos solares, parecía de oro. Iba tripulada por un solo hombre, el cual se dirigía con grandes prisas, a lo que veíamos, hacia la nave UWiinlandesa situada en el último astromuelle, a unos tres mil quinientos metros de distancia.

El espacio que nos separaba del motorista era demasiado para distinguir sus facciones a simple vista. Pero mis objetivos visores sirven como microscopios lo mismo que telescopios. Un segando después, exclamé:

—¡Es Pliefer!

# CAPÍTULO XI

ERA indudable que Pliefer pretendía ganar el refugio de la nave UWiinlandesa. ¿Por qué huía?

No parecía que tuviese la conciencia muy tranquila. Pero mi amo comprendió en seguida que era preciso cortarle la retirada.

De un salto se colocó al lado del piloto.

—Déjeme los mandos! —ordenó. Y a nosotros—: Agárrense bien, donde puedan.

Apenas si nos dio tiempo a hacerlo. La astronave picó raudamente hacia abajo, a una velocidad aterradora. Vi subir el suelo a nuestro encuentro y, durante unos momentos, mis circuitos dejaron de funcionar, temiendo lo peor.

Menos mal que mi amo, en medio de todo, no era mal piloto. Salió del picado a pocos metros del suelo y pasó casi paralelo a la motocicleta, cuyo ocupante, al vernos pasar tan cerca, sufrió un terrible sobresalto.

Pero no por ello aminoró su marcha. Quería ganar cuanto antes el refugio de la astronave UWiinlandesa y forzó la marcha.

El inspector se colocó delante, a cinco o seis metros del suelo, volando a más de cien kilómetros a la hora por encima de un terreno tan llano como la palma de la mano. De pronto, abrió los gases de los chorros supletorios de sustentación.

Las columnas de gases en llamas alcanzaron el suelo y levantaron una enorme polvareda. Kastell mantuvo los gases abiertos durante unos segundos y luego los cerró. Redujo la velocidad y dio una rapidísima vuelta en redondo sobre aquel punto, en donde flotaba una inmensa nube de polvo de más de cien metros de extensión y bastante altura.

Pliefer salió poco después, rodando indecisamente. Mi amo se lanzó de nuevo a la carga y levantó otra enorme polvareda, sumergiéndolo en aquella niebla de nueva especie. Después, separándose un poco del polvo, mantuvo el aparato inmóvil a dos metros del suelo y, más o menos, en el sitio por donde suponía iba a aparecer Pliefer.

Cuando el hombre se hizo visible, mi amo fingió una acometida

de frente. Pliefer quiso esquivar el choque, osciló, dio un par de bandazos y terminó por caer al suelo.

En el acto, el inspector hizo posar la nave en el suelo lunar. Abrió la escotilla y saltó fuera, corriendo hacia Pliefer, quien se incorporaba en aquellos momentos. A través del vidrio de su escafandra, pudimos ver su rostro deformado por la ira.

—¿Por qué me detienen? —gritó, a través de la radio—. ¿Quién diablos les ha dado permiso para hacerme una canallada semejante?

—La ley —contestó mi amo—. Es usted sospechoso de asesinato y se le dio orden que no abandonara la ciudad. En vista de que pretendía escapar, me lo llevaré detenido.

—Yo no quería escapar...

—Sólo pretendía alcanzar el refugio de la nave UWiinlandesa, donde no hubiésemos podido sacarle para someterle a la acción de la justicia. Bien, señor Pliefer —añadió el inspector en tono firme y resuelto—, venga con nosotros. Tiene que contestar a algunas preguntas, que estimo interesantes, pero éste no es el mejor lugar para conversar. Acompáñeme a mi nave.

Pliefer le miró con rencor.

—Soy inocente del asesinato de mi esposa —dijo—. Esto que hace le costará caro, inspector.

—Otros muchos me dijeron lo mismo que usted y todavía continúo en mi puesto. Cuando se trata de hacer cumplir la ley, el rango de las personas no me importa en absoluto. ¿Viene conmigo o prefiere que lo lleve?

A través de la radio, capté un extraño crepitar: eran los dientes del tipo que crujían.

Echó a andar hacia nuestra nave, con paso resuelto, sin pronunciar palabra. Cuando estuvimos en el interior, mi amo dijo:

—Calculo que usted debe tener un despacho en el edificio central, señor Pliefer. ¿Le parecería mejor que hablásemos allí?

Pliefer nos arrojó una mirada suspicaz.

—Demasiada gente —gruñó.

—Así no tendrá que temer ni recelar posibles tergiversaciones de sus palabras —respondió mi amo. Hizo una seña al piloto—. Vamos.

Un cuarto de hora más tarde, nos hallábamos reunidos en el gran despacho que Pliefer tenía en la Luna. En un rincón vi una jarra de café y empecé a servir a los presentes.

—Seré breve —dijo el inspector sin más preámbulos—. Quiero saber una cosa con toda exactitud: ¿adónde iba usted?

—A UWiinland.

—No me diga que por negocios. Jamás pasó usted de la Luna y eso en muy contadas ocasiones. Huía de la justicia terrestre —exclamó mi amo.

—¡No, no y mil veces no! —contestó Pliefer exasperado, golpeando la mesa con el puño—. Le estoy diciendo la verdad, inspector.

—Usted llegó a su casa el día de la muerte de su esposa con ánimo de encontrar allí a Harriman Cortés. Estaba éste allí, ¿sí o no?

—No. Se había ido ya.

—¿Qué pasó, en realidad, entre la señora Pliefer y usted?

—Discutimos. Violentamente, es cierto. Incluso estuve a punto de abofetearla, pero me contuve y me marché. Cuando la dejé, estaba viva.

—Entonces, si estaba viva, no tiene por qué temer de la justicia. Pero eso se compagina muy mal con la solicitud de órbita que hizo usted a nombre de Laura Scharff, su secretaria personal. ¿Por qué no la pidió a su propio nombre?

—¡Condenación! —bramó el hombre—. Cada vez que doy un paso fuera de mi casa, se abate encima de mí una nube de periodistas. Quería eludirlos, eso es todo.

—Me gustaría tener a mano el electrofisioneurógrafo. De este modo, comprobaríamos la veracidad de sus respuestas.

—Tráigalo cuando quiera —le desafió Pliefer—. No le tengo miedo a ningún detector de mentiras.

—De todas formas, encuentro muy sospechoso que quisiera irse a UWiinland tan calladamente. ¿Por qué? —insistió mi amo.

Pliefer apretó los labios. De pronto, me pareció intuir la verdad.

Pero no podía decirla, puesto que, de haberlo hecho, habría causado un daño al financiero. Sin embargo, casi al mismo tiempo que yo, Leni debió de sentir algo parecido, porque se inclinó hacia Kastell y le cuchicheó algo al oído.

Mi patrón pegó un respingo.

—Eso es imposible —gruñó a media voz.

—¿Por qué? Pruebe, no le costará gran cosa —adujo ella—. Además, si no es culpable, si se muestra tan obstinado en callar los

motivos de su viaje, ¿no le parece que esa puede ser una causa justificante de su silencio?

—Está bien —rezongó el inspector. Levantó la voz—: Señor Pliefer, ¿quién es la dama que le aguarda a bordo de la nave UWiinlandesa?

El sobresalto de Pliefer fue un claro indicio de la certera puntería de Leni Macklen.

—¡Escuche, yo...!

De repente, la puerta de la habitación se abrió y una mujer entró en la habitación.

—Hans, cariño, ¡cuánto tardas! ¿Qué te ocurre? Oh, perdona; no sabía que tuvieses visita...

Un terrible silencio gravitó de repente sobre todos nosotros. En lo que a mí robóticamente respecta, tuve que inundar de frigorías el interior de mi maquinaria; de lo contrario, habría ardido allí mismo a causa de la sorpresa recibida.

Leni había acertado: se trataba de una mujer. Y, en un principio, nos había parecido lógico que el comerciante hubiese querido esconder sus devaneos, a tan pocos días de distancia del asesinato de su esposa.

Pero ahora resultaba que Belinda Pliefer estaba viva y la teníamos delante de nuestros ojos.

Como digo, la sorpresa nos dejó sin habla. Cualquier cosa hubiéramos esperado, menos aquel golpe teatral.

Pliefer se dejó caer sobre su sillón, con aire resignado.

—Bueno, ahora ya lo saben todo —confesó desmadejadamente—. Haga conmigo lo que quiera, inspector. Pero soy inocente de los dos asesinatos cometidos.

Mi amo se puso en pie.

—Tenga la bondad de pasar, señora —dijo.

Belinda avanzó. Era una hermosa mujer, en efecto, doblemente hermosa en la plena madurez de sus treinta años. Ahora, parecía indecisa y desconcertada por la presencia de tanta gente en el despacho de su esposo.

—Hans, ¿qué ocurre? —preguntó, avanzando hacia el centro de la estancia.

—Permítame que haga yo las preguntas, señora —dijo mi amo—. ¿Podrían decirme, ambos, quién era la mujer que apareció muerta

en su casa, con la exacta apariencia de la señora Pliefer?

—Yo le contestaré, inspector —habló el financiero—. Belinda y yo nos pusimos de acuerdo… Ella, bueno, estaba arrepentida de sus devaneos y me prometió abandonar para siempre a Cortés.

—Pero le tenía miedo —dijo la propia Belinda—. Bajo su capa de elegancia y distinción, se oculta el alma de un rufián. No me hubiese matado, por supuesto, pero hubiera sido capaz de darme un par de cortes en la cara, como ya me prometió en una ocasión.

»Esto me hizo abrir los ojos. A pesar de todo, seguía temándole miedo…

—Pero ¿no se lo dijo usted a su esposo?

Belinda se mordió los labios.

—También temía por él. Tiene el genio un poco vivo y hubiese sido capaz de matar a Cortés. Preferí desempeñar una comedia por mi cuenta y contraté a una artista para que ocupara mi puesto. Claro está, se le modificaron los rasgos faciales… ya me preocupé yo de que fuese de una estatura y complexión física similar a la mía. Ustedes ya saben que, ahora, los modernos procedimientos de la cirugía estética permiten cambiar la cara de una persona en veinticuatro horas confiriéndole una nueva personalidad.

—No me lo diga —gruñó mi amo—. El trabajo que a veces nos da eso a la policía.

—Bien, la artista ocupó mi sitio y yo me escondí. No le dije nada a mi esposo; incluso cuando fue a casa y habló con mi doble, creyó que era yo. Y siguió creyéndolo unos días después del asesinato, hasta que se lo dije; no quería que, si lo sabía antes de tiempo, pudiese delatarse a sí mismo. Sin embargo —añadió Belinda apesadumbrada—, lo que nunca imaginé fue que Dora Waster, así se llamaba mi doble, resultase asesinada.

—¿Por Cortés? —preguntó rápidamente el inspector.

—No diría que sí, inspector, aunque tampoco estoy en condiciones de jurarlo. Me imagino que «mi» despedida debió de resultarle un golpe difícil de soportar. Su orgullo tuvo que quedar muy malparado.

—Pero no tardó en consolarse en seguida —respondió Kastell—. Así, señora Pliefer, que usted no vio al asesino.

—No. Yo me marché a casa a las doce del mediodía, puesta ya de acuerdo con Dora Waster. Ésta se alojaba en el «Rubykon». Si

preguntan al conserje, le dirán que llegué allí a las doce y media. Hice figurar la hora deliberadamente en la hoja de inscripción, bajo el nombre de Dora Waster, claro.

—Pero el conserje tuvo que darse cuenta de que no era Dora Waster.

La hermosa Belinda sonrió.

—Inspector, ¿es que no se ha dado cuenta usted del cambio que unas grandes gafas oscuras hacen en una cara femenina?

—Está bien —dijo Kastell, decepcionado—. ¿Qué intenciones eran ahora las suyas?

Belinda rodeó la mesa y se sentó en las rodillas de su esposo, a la vez que pasaba un brazo por sus hombros.

—Pensábamos pasar una segunda luna de miel en UWiinland. He sido muy casquivana hasta ahora, pero estoy sinceramente arrepentida y él me ha perdonado.

Pliefer sonrió.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta que he vuelto a encontrármelo viva —dijo.

El inspector se puso en pie.

—Creo que está todo suficientemente aclarado, excepto el punto de la identidad del asesino de Dora Waster. Pudo ser Cortés, pero también pudo ser usted, señor Pliefer. Todavía no ha dejado de ser sospechoso.

—Entonces, ¿qué hará conmigo?

—De momento, le prohíbo que viaje a UWiinland. Les permito a ambos que continúen en la Luna, pero ahora mismo solicitaré un interdicto de cuarenta y ocho horas, para que ningún terrestre embarque en nave alguna UWiinlandesa. Es el máximo que me autoriza la ley y pienso aprovecharme de ese derecho.

Pliefer miró a Leni.

—¿Qué dirá usted en su periódico?

—Nada —respondió mi amo con presteza—. Si usted no es el asesino, no tiene nada que temer. Pero en tal caso, conviene que el verdadero asesino siga creyendo que mató a la señora Pliefer.

—Comprendo —dijo el financiero.

Salimos. Una vez en la nave, ya de vuelta hacia la Tierra, Kastell masculló indignado unas cuantas palabrotas contra sí mismo:

—Se supone que yo soy un policía. Vi a una mujer muerta, me

dijeron que era Belinda Pliefer, nos dijeron a todos que era Belinda Pliefer, su esposo la lloró, le hizo unos funerales magníficos... pero a nadie se nos ocurrió tomar las huellas digitales del cadáver.

# CAPÍTULO XII

REGRESAMOS a la Tierra. Los humanos se entregaron al descanso. Yo tuve que limpiar la casa, que estaba hecha una pocilga.

Harriman Cortés seguía sin aparecer. La policía le estaba buscando intensamente, pero el tipo parecía como si se lo hubiese tragado la Tierra.

Cabía la posibilidad de que se hubiese cambiado la cara, como había dicho Belinda Pliefer que había hecho su sustituta. En tal caso, ¿qué posibilidades nos quedaban?

Mientras realizaba las labores propias de mi robótica condición, hacía trabajar mis circuitos a la máxima celeridad, buscando el modo de ayudar a mi amo. Hora tras hora, «recorrí» todas mis bobinas memorísticas, tratando de hallar un nexo de unión entre los recuerdos relativos al caso que me permitiera poder hallar una solución.

Pero, aun cuando la encontrase, ¿cómo decirlo?

Ni siquiera podía recurrir al riesgo del «suicidio» robótico; esto es, pronunciar el nombre del culpable y perecer acto seguido, quemado por dentro. Ardería antes de decirlo siquiera; en esto, el mecanismo protector de la ley fundamental robótica era sumamente sensible y reaccionaba con la presteza de una centésima de segundo. Ni la A podría decir siquiera sin hacer ¡pum!

Eran ya las once de la mañana y mi amo, rendido, dormía a pierna suelta. Con toda frescura, Leni Macklen se había instalado en la habitación de los huéspedes y dormía también. El único despierto era yo, una máquina.

Sonó el «dingdong». Me pregunté cuándo me instalarían dispositivo de transparencia en mis objetivos visores, a fin de poder captar las imágenes a través de cuerpos opacos. Por el momento, y mientras los cibernéticos se exprimían los sesos tratando de hallar una solución para ese problema —que no fuese la consabida de los rayos X— sólo podía hacer una cosa: actuar como un humano y abrir la puerta.

Inge estaba en la entrada. La chica rubia que, según manifestaciones de Harriman Cortés, era su prometida. Realmente

era bonita, pero con poco seso. Pero cuando una humana es hermosa, ¿qué falta le hace la inteligencia?

—Buenos días, señorita Inge —dije en tono cortés, sin mencionar su apellido que no sabía—. ¿Puedo servirla en algo?

Mis circuitos visores se dieron cuenta en el acto de la agitación que la poseía.

—Sí —contestó—. Quiero ver al inspector Kastell.

—Muy bien. Tenga la bondad de pasar. Iré a avisarle. Ha tenido exceso de trabajo y está durmiendo. ¿Desea algo de beber mientras tanto? ¿Un jerez?

La chica emitió una desvaída sonrisa.

—Creo que me vendrá bien —aceptó.

Se sentó en un sillón, pero al borde, erecta, rígida con el bolso entre sus manos y apretándolo contra su opulento busto, como si escondiera en su interior algo muy valioso.

Le serví la copa. Estaba pálida. El vino la hizo reaccionar un poco.

—En seguida vendrá el inspector —dije mientras tomaba el jerez.

Fui al dormitorio de mi amo y levanté las persianas en parte.

—Rocky Robot, condenado seas a la chatarra por haberme despertado en lo mejor de mi sueño —dijo mi patrón, encogiéndose en el lecho, a la vez que metía la cabeza bajo la almohada.

—Seguro que soñaba que entraba en la iglesia, se colocaba al lado del altar y esperaba la llegada de Leni Macklen, vestida de blanco y radiante de belleza, ¿no es cierto?

—Algo hay de eso —confesó Kastell desde las profundidades de la almohada.

—Muy bien —dije—. Eso es algo que llegará, inevitablemente, pero mientras tanto, vuelva a la realidad cotidiana y entérese de que, en el salón, está aguardándole una preciosidad llamada Inge, aspirante a la mano del voluble Harriman Cortés.

Mi amo tiró la almohada a un lado y se senté en el lecho de un salto.

—Rocky, animal, ¿por qué no has empezado por ahí desde un principio?

Saltó del lecho y corrió hacia la puerta, pero en seguida retrocedió para ponerse la bata. Me arrojó una mirada de alta tensión y luego, haciéndose un lío con las mangas y el batín, salió de

la, estancia.

Yo le seguí, claro; ¿qué robot se pierde una grabación semejante?

Al pasar por la puerta del dormitorio de Leni di un par de fuertes golpes para despertarla.

Entre paréntesis: ¿despertar un robot a un humano es hacerle daño? El sueño es descanso; la vigilia es actividad. Algunos humanos echan pestes del trabajo; dicen que es dañino y… ¡Je, je! Era sólo un comentario irónico.

Volvamos al salón. Mi amo estaba ya frente a la rubia guapa pero tonta.

—Hola, inspector —saludó Inge.

—Buenos días —contestó mi amo—. ¿En qué puedo servirla?

—¿Quiere usted atrapar a Harriman Cortés, inspector?

Mi amo dejó escapar una risita de circunstancias.

—Qué cosa tiene usted, señorita. Demasiado sabe que le andamos buscando por todas partes. ¿Dónde está?

—Se lo diré, pero primero quiero que sepa que yo soy inocente de todas sus andanzas. —Inge empezó a hacer pucheritos—. Ese miserable, canalla, traidor… Me ha plantado; ha dicho que yo no era más que una pantalla, que ya no me necesitaba… ¡Y yo que había creído que se casaría conmigo!

La chica empezó a lloriquear. Compadecido, mi amo le sirvió una copa.

Leni apareció en aquel momento. Me permití guiñarle un ojo. Ella me favoreció con una hechicera sonrisa y quedó en pie, junto a la puerta, escuchando con suma atención todo lo que sucedía.

Harriman Cortés, a primera vista, había dado un paso en falso. No hay peor enemigo que una mujer despechada y traicionada. Debiera haber esperado un poco más, pero su egolatría y suficiencia, le habían hecho despedir a Inge antes de tiempo.

—Está bien, señorita Inge —dijo mi amo, un poco después—. Cuénteme lo sucedido.

Inge hipó un par de veces más. Luego, secándose las lágrimas con un pañuelito que apenas se veía entre sus dedos, rematados en diez uñas pintadas con esmalte irisado, empezó a hablar:

—Harriman empezó a ufanarse de que ya estaba libre de sospecha, que tenía un medio indudable de probar su coartada, pero que, por el momento, había preferido callarlo, hasta tanto las cosas

se aclarasen un poco… Como los periódicos habían hablado de que Pliefer había escapado, dijo que eso ya lo sabía él, que el asesino de Belinda era su propio esposo… Pero yo sé que fue él, inspector, se lo aseguro.

Mi amo procuró mantener la calma. Antes de actuar, era preciso medir muy bien las consecuencias de las declaraciones de una mujer que trataba de vengarse por despecho y rencor.

—¿Tiene usted pruebas? —inquirió—. ¿Dijo él algo comprometedor?

—No. Sólo dijo que ahora era ya independiente por fin y que el que Belinda hubiese muerto le importaba un rábano. ¡Yo soy el otro rábano! —volvió a llorar Inge.

—Pero bueno, ¿qué quiso decir Cortés al manifestar que era ya independiente?

Sin dejar de lagrimear, Inge abrió el bolso y extrajo de su interior un rectángulo de papel azulado, que entregó a mi amo.

—Tome, se lo he quitado. Pero yo soy decente, no soy una ladrona.

El inspector tomó el cheque, lanzó una mirada y luego un penetrante silbido.

—¿De cuánto es? —preguntó Leni.

—Cinco millones —respondió Kastell.

—¡Edison mío! —exclamé yo, refrigerando a toda prisa el circuito del asombro.

—¿Belinda Pliefer fue capaz de darle una suma semejante? —preguntó mi patrón.

—¿No ve usted ahí su firma, al pie del documento? —gimoteó Inge.

Kastell frunció el ceño.

—Eso demuestra que Cortés no pudo ser el asesino.

—¿Por qué? —preguntó Leni.

—Si había obtenido una suma tan enorme como premio digamos a sus servicios, no iba a ser tan tonto como para matar a Belinda… es decir, a la que él creía Belinda, sabiendo que, en tal caso y puesto que el banco estaba ya cerrado a la hora en que se cometió el crimen, no iba a poder cobrar el cheque hasta el día siguiente en que, indefectiblemente, se conocería ya la noticia de la muerte de Belinda. El banco, como es lógico, preguntaría antes a Hans Pliefer

si se podía pagar una suma semejante, y Pliefer hubiese contestado que no. En cambio, de haber seguido ella viva, el banco hubiese consultado con Belinda en persona, quien, como es lógico, hubiese contestado en sentido afirmativo. Por lo tanto, Harriman Cortés no mató a Belinda.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Leni, más práctica.

—En un hotel de mala muerte, donde nos escondimos después de haber ido el inspector a visitamos a su apartamento. Dijo que quería permanecer unos días apartado de la circulación.

—Hasta que apareciese el asesino de Belinda—apuntó Leni.

—Y como los periódicos dieron la noticia de la escapatoria de Hans Pliefer, Cortés creyó ya en su culpabilidad y se permitió el lujo de —perdone la frase, señorita Inge— pegar un puntapié a su prometida, ¿no es eso?

—Síiii… sollozó la rubia guapa, pero casi tonta.

—¿Cuál es el nombre del hotel? —preguntó Leni.

—«Krystall» —contestó Inge.

—Ahora mismo llamaré para que lo detengan —exclamó mi amo.

—No es preciso —alegó Inge—. Está atado y amordazado con las sábanas. Cuando me dijo que ya podía largarme con viento fresco, me entró una rabia tal, que le rompí en la cabeza una estatuilla de porcelana. Luego le quité el cheque y…

Empecé a pensar que era menos tonta de lo que parecía. Pero, de pronto, uno de mis circuitos empezó a darme la lata.

Alargué la mano de pronto y tomé el cheque que mi amo sostenía en la suya. Luego se lo entregué a la gimoteante Inge.

—Aquí tiene usted —dije—. Vaya a ver a su ex—adorado y ríase de él un rato.

Kastell y Leni me miraron con gran sorpresa ante lo decidido de mi acción.

—Rocky, ¿qué diablos estás haciendo?

—Simplemente, permitir que una chica tan bonita se tome su debida venganza —dije—. Vuelva al «Krystall» entréguele el cheque y dígale que lo siente mucho y que le perdone. Añada que no quiere ser obstáculo a su felicidad, luego, procure adelantarse a él y espere en la ventanilla de pagos. Será curioso ver la cara que pone Cortés cuando el cajero le diga que ésa no es la firma de Belinda Pliefer.

Mi amo me miró con fijeza durante unos segundos. Luego, de

repente, comprendiendo, se golpeó los muslos con grandes palmadas.

—¡Tienes razón, Rocky! —dijo, riendo a carcajada limpia—. ¡Qué bruto, pero qué bruto he sido! Leni, ¿cómo van a pagar un cheque que está firmado por la pobre Dora Waster, aunque usando el nombre de Belinda Pliefer?

Leni reía también.

—Así se comprende que la pobre Dora fuese tan generosa, teniendo en cuenta que el dinero no era suyo —dijo.

Inge se puso en pie, titubeante, sin saber qué hacer con el cheque.

—No entiendo. ¿Puedo… puedo devolvérselo?

—Sí, desde luego. De todas formas —añadió mi amo— ordenaré que alguien la acompañe para que ese imbécil no le cause el menor daño. Y luego, cuando vaya al banco, nosotros nos encargaremos de él.

Inge se marchó, sin comprender aún muy bien lo que sucedía. Kastell llamó al sargento Anders y le dijo que fuese inmediatamente al «Krystall».

Después me dio una orden:

—Rocky, Leni y yo tenemos hambre.

—Sí, señor.

Les preparé un sustancioso almuerzo. Leni fue la que sostuvo el peso de la conversación. Mi patrón estaba silencioso.

Tenía motivos, porque si Cortés, que era, como quien dice, su último cartucho, no había matado a Belinda… perdón, a Dora Waster, ¿quién, entonces, era el autor de la muerte?

De repente, al lanzar una rápida consulta a mis circuitos, recordé un detalle momentáneamente escondido en el fondo de Edison sabe qué microbobina.

Entonces, sin poder contenerme, exclamé:

—Jefe, ya sé quién es el asesino.

# CAPÍTULO XIII

EL inspector Kastell me dirigió una penetrante mirada.

—Cuidado con lo que dices, Rocky Robot. Recuerda tus limitaciones.

—Lo sé, señor. Pero, en este caso, puedo hablar.

—¿Acaso se trata de un suicidio? —apuntó Leni.

Una vez muerta una persona yo podía hablar, aunque hasta cierto punto, siempre que no dañase a sus familiares o allegados.

—No. No fue un suicidio, sino asesinato —afirmé. Mi amo se levantó, salió del comedor y volvió a poco con un pequeño extintor de incendios.

—Empezarás a arder en seguida; así que quiero estar preparado —dijo, un tanto ofensivamente.

—Aparte ese chisme —contesté, disgustado—. Encima de que le hago un favor... Vaya al domicilio de UWiit y deténgalo, acusado del asesinato de Dora Waster y de Willi «El Sapo».

—Los UWiinlandeses no pueden matar —alegó Leni.

—¿No, eh? —dije, con el circuito del sarcasmo a todo voltaje—. Eso será en su planeta, pero aquí UWiit, como todos sus compatriotas, es de los que dicen: «donde fueres, haz lo que vieres». Y, enfáticamente, sostengo que él mató a la actriz que representaba el papel de Belinda Pliefer.

—Pero ¿por qué demonios...? —mascúlló el inspector.

—El intríngulis está en la ajorca de oro —manifesté.

—¿La que robó «El Sapo», Rocky?

—La que suponemos que robó «El Sapo», pero sólo porque la hallamos junto a su cadáver. Pero, recuerde, no era de oro UWiinlandés, sino terrestre, una reproducción mandada hacer de prisa y corriendo para despistarnos y hacer creer que «El Sapo» había matado a la supuesta Belinda Pliefer.

—Pero, entonces, ¿por qué diablos mató UWiit a esa mujer?

—No tengo la seguridad plena, aunque apostaría mi micropila, que es tanto como decir mi robótica existencia, que todo ello tiene relación con el metabolismo de UWiit.

Hubo un momento de silencio, mientras tanto mi amo, como Leni, trataban de digerir mis palabras.

—Sería mejor que te explicases, Rocky —pidió el inspector, dominando su impaciencia.

—Sí, señor. Usted debe recordar, sin duda, la peculiar situación metabólica de los UWiinlandeses, que necesitan el cobre como elemento catalizador para las reacciones químicas que convierten su atmósfera abundante en amoníaco en un gas adecuado para su respiración.

Leni apoyó un codo en la mesa y la mejilla en su mano.

—Sigue, Rocky; esto se pone interesantísimo —me dijo.

—Gracias, señorita Macklen —hice una inclinación de cabeza—. Estoy seguro de que UWiit mató a la supuesta Belinda Pliefer posiblemente por necesidad fisiológica. Le diré; es fácil deducir que, por un olvido, una omisión o los motivos que fueran, UWiit se dio cuenta, apenas hubo llegado a casa de los Pliefer, que la atmósfera contenida en el tanque se estaba degenerando. Por tanto, corría el riesgo de morir asfixiado en pocos minutos. Tal vez, me imagino —seguí—, la cosa no hubiera pasado a mayores si la supuesta Belinda no hubiese desempeñado su papel con excesiva fidelidad. Supongo que UWiit debió pedirle la ajorca de oro UWiinlandés que ella llevaba puesta y que contenía la proporción exacta de cobre que necesitaba para la regeneración de su atmósfera. Patrón, ¿es que ya no se acuerda que los UWiinlandeses realizan esa operación sobre sí mismos, con alguna frecuencia, sin necesidad de abandonar el tanque? ¿Se ha olvidado ya del pequeño aparatito que llevan en la parte inferior delantera del tanque y que les ayuda a regenerar la atmósfera cuando se ven en una situación comprometida?

Mi amo asintió con lentos y pausados movimientos de cabeza.

—Leni, no digas nunca a la gente que yo soy policía —murmuró.

—Guardaré el secreto —sonrió la muchacha—. Pero, continúa, Rocky Robot. Estoy sumamente intrigada por conocer el resto.

—Bueno —dije—, en realidad, no creo ya que falte mucho más. Estoy por suponer que UWiit le pidió prestada la ajorca a Dora Waster. Dora, en su papel de Belinda, se la negaría. Incluso es posible que se enfureciese, fingida o realmente, y que le llamase araña del espacio, monstruo galáctico o alguna lindeza por el estilo. Bien, si añadimos a la cólera que sin duda debió de sentir UWiit la angustia que padecía en aquellos instantes, por no disponer seguramente de un poco de cobre regenerativo, el resto se

comprende con facilidad. Querría quitársela a la fuerza, ella se negó, sacaría la pistola para defenderse, UWiit se la quitó y…

—Todo eso está muy bien, Rocky —aprobó mi jefe—. Ahora, dime qué sucedió en el caso de «El Sapo».

—Sí, señor. Sabemos que «El Sapo» se acercó a casa de los Pliefer a merodear, como era su costumbre. Si podía sacar algo, sin ser visto, miel sobre hojuelas. Entonces, calculo, cuando apenas acababa de llegar, apareció UWiit. «El Sapo» se escondió. Sin duda presenció la escena y, aterrado, se largó apenas UWiit hubo desaparecido, olvidándose de sus primitivos propósitos.

»Es presumible —añadí— que más tarde «El Sapo», sujeto práctico al fin y al cabo, pensara que podía sacar una sustanciosa tajada del espectáculo que había visto. Hablaría con UWiit y trató de chantajearle. En un principio, UWiit pensó en acceder, pero luego pensó que lo mejor era matarlo. De este modo, se quitaba un estorbo de en medio, y luego, dejándole al lado la reproducción de la ajorca, desviaba las sospechas de su persona y las proyectaba sobre cualquier otro de los sospechosos que la policía tenía entre ojo. Sencillo, ¿no?

Y agregué mi último cartucho:

—Creo que, si hacen examinar detenidamente la pistola, es posible que encuentren huellas microscópicas de las tenazas exteriores de UWiit, con las cuales sujetó el arma.

—Pero esas tenazas no le permiten disparar —alegó Leni.

—¿De verdad? Tome usted una pistola cualquiera con dos dedos, el índice y el pulgar. Con esos dos dedos, simulando las tenazas del brazo derecho de UWiit, no podrá disparar, pero, ahora, estire el índice, métalo por el guardamonte del arma y apriete el gatillo. Verá lo que pasa.

Mi amo pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa, que hizo tintinear los cacharros.

—¡Así tuvo que ser! —gritó.

Y se puso en pie y echó a correr a su cuarto para vestirse.

Leni hizo lo mismo. Yo salí al patio y esperé con el motor del helidisco en marcha.

Momentos después salían los dos, el uno en pos del otro, terminando de vestirse por el camino. Se lanzaron dentro del aparato y yo lo puse en marcha en el acto.

Apenas se hubo sentado, mi amo tomó el micrófono con la mano.

—Sargento Anders —llamó.

El hombre contestó poco después.

—¿Inspector?

—Me dirijo al rascacielos 221—280. Voy a detener al asesino de Dora Waster. Acuda allí con refuerzos, por si es necesario. En la oficina de UWiit.

Anders era de los que no se sorprendía por nada. Con un «sí, señor» rotundo, se despidió de mi amo y éste cerró la comunicación.

Poco después, hacía posar el aparato en la terraza del edificio. Descendimos apresuradamente y unos minutos más tarde nos hallábamos en presencia de UWiit.

El UWiinlandés se enojó muchísimo al vernos, a juzgar por los violentos colores de su pantalla comunicadora.

—*Estoy ocupado* —dijo—. *Tengo mucho trabajo*.

Mi amo respondió:

—Lo siento. Creo que va a dejar de trabajar por una buena temporada, señor UWiit.

La pantalla mostró el blanco verdoso de la extrañeza.

—*No le entiendo, inspector. ¿Qué diablos está tratando de decirme?*

—Sencillamente, he venido a detenerle acusado de la muerte de Belinda Pliefer y de Willi «El Sapo». Sabemos a ciencia cierta que ha sido usted, señor UWiit; tenemos todos los elementos de juicio para probar la acusación, salvo dos: la pistola empleada para cometer ambas muertes, que no dejaremos de encontrar y en la que aparecerán las huellas de sus tenazas rayando microscópicamente el metal, y el sujeto que reprodujo la ajorca de oro de la señora Pliefer, quien testificará contra usted cuando hayamos dado con él. Le aconsejo que no oponga resistencia y se deje llevar a la Jefatura.

La pantalla de UWiit mostró el color verde sombrío de la derrota. De súbito, metió las tenazas en el cajón de la mesa y forcejeó por sacar algo.

Leni lanzó un grito. Yo me precipité hacia delante, para cubrirles con mi cuerpo. Un robot, según las leyes constitucionales, debe dar su vida mecánica, si es preciso, por salvar la de un humano, sean cuales fueron las circunstancias.

Pero no hizo caso. El sargento Anders irrumpió en aquel momento.

Era un tipo vivo. Al instante se dio cuenta de lo que sucedía.

Una fracción de segundo más tarde, tenía su pistola en la mano. El rayo térmico perforó el tanque.

Las tenazas de UWiit cayeron inertes. Alcanzado de lleno, su cuerpo tomó una coloración horrible, gris, roja, negra… nauseabunda, tan nauseabunda como el gas que se escapaba por el orificio del tanque perforado por la descarga. Luego, el organismo del UWiinlandés se convirtió en un repugnante montón de materia orgánica, en el que apenas si se podía reconocer su forma primitiva.

# EPÍLOGO

Encendí las velas. El comedor presentaba un aspecto íntimo y recogido. En el cuarto de baño mi amo tarareaba alegremente, mientras terminaba de arreglarse para la cena.

Sonó la campanilla. Leni, más hermosa que nunca, ataviada con un traje de atrevido diseño aunque moderado en la ostentación de su nacarada epidermis, me saludó alegremente.

—Hola, Rocky.

—Buenas noches, señorita —saludé.

Mi amo salió a poco. Se cogió de las manos de Leni y empezó a mirarla con cara de imbécil... perdón, de enamorado.

Obvio es decir que apenas si probaron la cena. No hicieron más que decirse ternezas, hablar de su futuro, pensar en la nueva decoración de la casa... y tonterías por el estilo. A la hora del champaña, sin embargo, parecieron volver un poco en sí cuando sonó el taponazo.

—Rocky —dijo ella—, pienso traer a Nina para que te ayude en el trabajo. ¿Te molestará?

—Espero que no —contesté en tono educado—. Un robot de más nunca viene mal en una casa en la que pronto habrá, espero, una copiosa descendencia.

Leni se sonrojó, aunque la perspectiva no parecía disgustarle en exceso.

De pronto, mi amo dijo:

—Mañana por la noche se reúne la Asamblea Rectora.

—¿Qué tiene que ver eso con lo nuestro? —preguntó Leni.

—Sencillamente —contesté—, se espera que sea aprobada la ley según la cual todo ser espacial, cualquiera que sea su forma física y siempre que su inteligencia media iguale o supere a la del habitante medio de nuestro planeta, humano, por supuesto, será considerado, asimismo, como un ser humano.

—Y, por tanto —agregó mi dueño—, cuando Rocky delató al asesino, pudo hacerlo sin violar la ley fundamental robótica, que le prohíbe hacer daño a los humanos porque, legalmente, en aquellos momentos, UWiit *no era aún un ser humano*.

Leni me miró con ojos resplandecientes y maliciosos a un tiempo.

—Rocky, ¿qué habría hecho tu amo sin un ayudante como tú?

—Hubiese acabado por descubrir al asesino —dije con modestia —. En medio de todo, no es mal chico y, tonto, tonto, no se le puede llamar del todo.

—Eres un cínico, Rocky —mi amo se echó a reír—. Tal vez un día proponga la creación de un cuerpo auxiliar policíaco, compuesto sólo por robots especializados.

—Eso lo dice para trabajar menos —contesté—. Pero tampoco estaría mal, se lo aseguro. Puede que así la humanidad anduviese un poco más derecha.

—¿Y qué nombre le darían a ese nuevo cuerpo policíaco? —quiso saber Leni.

—¡Hombre! —exclamé—. Eso, ni se pregunta. Robopol es el más adecuado, ¿no cree, jefe?

Mi amo asintió. Luego movió la mano, haciende chasquear los dedos.

Comprendí en el acto. Querían quedarse solos. Hasta un robot les estorbaba.

Fui al cuarto de baño y me contemplé en el espejo durante largo rato.

Sí, tengo figura de hombre, me muevo como un hombre, pienso como un hombre… ¡qué digo, mejor que la mayoría de los hombres!

Y realizo la mayoría de las tareas, muchísimo mejor que el común de los mortales.

Pero, por dentro, pese a mi apariencia humana, sólo hay un indescriptible y, sin embargo bien ordenado amasijo de cables, tensores, microbobinas, circuitos, «relais», microcerebros analíticos… y una micropila nuclear en lugar del corazón.

Los humanos me han construido de tal forma, que resulto superior a casi todos ellos.

Pero estoy obligado inexorablemente a obedecerles y servirles.

Por eso soy sólo… un robot.

Y dentro de poco, una robot—niñera. ¡Qué vergüenza, Edison mío!

FIN

[1] La primera cifra corresponde al ordinal del rascacielos y la segunda al número de pisos, datos que debían consignarse ineludiblemente por disposición de la Comisión Planificadora de Rascacielos. Puede asegurarse, sin temor a errar, que el rascacielos

superaba los mil metros de altura. *(N. del A.)*